

Dr. Arturo Guevara  
SINOPSIS DE ANTROPOLOGIA  
PRECOLOMBINA

VEN  
94



XII

# CONFERENCIA SANITARIA PANAMERICANA



No. 16



XII CONFERENCIA SANITARIA PANAMERICANA

CUADERNOS AMARILLOS

PUBLICACIONES DE LA COMISION ORGANIZADORA

# Sinopsis de Antropología Precolombina

POR EL

DR. ARTURO GUEVARA

(Excavaciones etnográficas de Vicente Marcano y contribución  
del Doctor Gaspar Marcano a la etnología venezolanista.)

---

EDITORIAL GRAFOLIT

CARACAS

1946

## **S u m a r i o**

### **I n t r o d u c c i ó n**

#### **I**

### **S e p u l c r o s d e l o s C e r r i t o s**

I.—Generalidades. — II.—Cráneos. — III.—Cara. — IV.—Edad. V.—Deformaciones. — VI.—Craneometría. — VII.—Maxilares. VIII.—Tronco y miembros. — IX.—Clavículas. Húmeros. Cúbitos. Radios. — X.—Miembros inferiores. — XI.—Fémures. Tibias. Peronés.

#### **II**

### **S a r c ó f a g o s d e C e r r o d e L u n a y o t r o s h i p o g e o s**

I.—Valorización. — II.—Sepulcros indígenas. — III.—Contenido de los sarcófagos. — IV.—Balance analítico. — V.—Capacidad craneana. — VI.—Antropología facial. — VII.—Enseñanza. — VIII.—Craneología. — IX.—Cráneos masculinos y femeninos. — X.—Deformaciones de los cráneos femeninos. — XI.—Disertación final.

#### **III**

### **J o r n a d a s d e e t n o g r a f í a c o m p a r a t i v a**

I.—Grutas fúnebres de Cucurital. — II.—Cráneos goajiros. III.—Aborígenes cuicas y timotes.

#### **IV**

### **A p é n d i c e B i b l i o g r á f i c o**

## I n t r o d u c c i ó n

Hemos tenido, en cambio, hombres de ciencia que para otros campos de estudio han realizado la función del sabio activo, aumentando el caudal de los conocimientos. Desde Andrés Bello hasta Vicente Marcano y desde Vicente Marcano hasta hoy, una tradición que se afirma y acrece, nos demuestra que no hay en Venezuela incapacidad para el cultivo de la sabiduría, como la reclamaban Gaspar Marcano y Luis Razetti. La cuestión es sobre todo de educación, educación eficaz en el método científico, y educación moral, porque la investigación científica pide espíritu de constancia y de sacrificio.

S. Key-Ayala

### I

Objeto de intensa reflexión ha sido elegir para el desarrollo de esta tesis una materia que, ajustada a la sinopsis pedagógica vigente, fuese a la vez un aporte para la bibliografía nacional, así sea breve y modesta la contribución ofrecida, que modestia y brevedad son las únicas formas posibles a mis alcances. Dentro de esta posición, imaginé que revisar y exponer compendiando uno de los múltiples aspectos de la Etnología venezolana, filón inagotable y apenas explotado, quizás sería labor de alguna utilidad para estudiantes incipientes (1). Parece justa la expresada ubicación didáctica de esta tesis. Pensar de diversa manera sería alarde inverosímil.

Inéditos, intactos, permanecieron sepultados en la oscuridad de las grutas de piedra y en el silencio de los túmulos en el

---

(1) Advertimos que esta monografía, exclusivamente antropológica, no analiza la cerámica, armas y otros utensilios que, exhumados por los Marcano, ameritan especial estudio. Tampoco nos ocupamos del valioso vocabulario recogido por esos naturalistas entre las tribus y conceptualizado como de gran valor lexicográfico.

suelo, los huesos de la gente precolombina de Venezuela. Nadie más, después de Humboldt y Creveux, había puesto la mano en los sepulcros rocallosos; ninguno antes que ellos había roto la mortaja en que reposaban los despojos vetustos de nuestros aborígenes. Pero Humboldt mismo, de tan meritoria hoja de servicios prestados a la civilización universal, apenas tuvo tiempo y oportunidad de franquear las oquedades del cementerio indígena de Atarupe, y de recoger en el templo de peñascos varias osamentas autóctonas, infortunadamente desaparecidas en el naufragio del bajel que las llevaba a Europa. Tumba inaccesible hallaron en el mar las reliquias óseas que, sustraídas del oscurantismo de los nichos pétreos, hubieran sido trofeos de luz en los horizontes de la Antropología y ornamento invalorable en las aulas fecundas.

Al ilustre científico Vicente Marcano, fraterno compañero en la obra realizada por el doctor Gaspar Marcano, estábale reservado el galardón de coleccionar las osamentas dispersas en los sarcófagos precolombinos. Redactemos en forma sucinta el historial del proceso que hizo viable el empeño de las excavaciones vernáculas, salvando así de olvido irremediable el material osteológico que fundamentó óptimos capítulos de Antropología.

Protector generoso de toda iniciativa civilizadora, en 1886 Guzmán Blanco le ofreció en París a su médico y amigo el doctor Gaspar Marcano patrocinar en Venezuela la búsqueda de las reliquias indígenas yacentes en los cementerios primitivos. Guzmán Blanco expidió con fecha 21 de abril de 1887 la resolución que, suscrita por el Ministro de Fomento, dispone:

“El Presidente de la República, con el voto afirmativo del Consejo Federal, resuelve: se nombra al ciudadano Vicente Marcano, para que desde el punto de vista antropológico y geológico, practique una exploración científica en el Distrito Federal, el Estado Guzmán Blanco y los Territorios Alto Orinoco y Amazonas, y presente al Gobierno un informe tan extenso y circunstanciado como sea posible, y los restos humanos que se descubran y demás objetos útiles a la ciencia; así como también los mapas y muestras relativos a la formación geológica de las regiones sometidas a su estudio.

Los gastos que ocasione esta comisión, serán satisfechos por el tesoro nacional" (1).

## II

A desempeñar su cometido partió de Caracas el notable hombre de ciencia. Inicia la exploración por los valles de Aragua, trabajando sin tregua desde abril hasta agosto del referido año. Excursiona en dirección suroeste. Apenas fructuosas resultaron las excavaciones practicadas en el área septentrional; pero inmune al desaliento, el naturalista persevera en la investigación y goza la sorpresa de que en el confín del lago de Valencia, el subsuelo guardara numerosas osamentas y utensilios indígenas. ¡Cuántas reliquias! ¿Quiénes fueron en el combate de la vida estos desconocidos? Nunca nadie lo sabrá. Resignémosnos a saber que fueron los abuelos, ramas del tronco secular de la raza matriz.

Factores esenciales del abolengo criollo, latente a través de las generaciones sucesivas, ellos viven todavía en la sangre nacional, en la descendencia nativa; que los méritos poseídos y defectos de que adolecían, migratorios en las células sexuales, perduran aún en la estirpe actual, aunque en forma larvada por consecuencia biológica de los plasmas heterogéneos, injertados al favor de los siglos en marcha.

Las osamentas venerables y anónimas, exponentes típicos de la familia ancestral, tienen el inquietante y sugestivo prestigio del misterio. ¿Qué cosas, buenas y malas, haría esa humanidad de ayer? ¿cuáles sus luchas? ¿cómo su muerte? Impenetrables sombras que rasgar sólo puede la fantasía.

Vicente Marcano verifica con metódico celo las exhumaciones. A orillas de la laguna de Valencia acierta descubrir, en el hacinamiento de montículos denominados "Los Cerritos", el cementerio indio que desde entonces alcanza justo renombre en los anales etnológicos de Venezuela. De los 50 promontorios memorables, triunfalmente rescatados para gloria de la ciencia por el famoso explorador, éste removi6 a fondo la tierra y las piedras de 20 colinas, necrópolis de los Meregotos. Parodia de la estrofa célebre:

---

(1) Gaceta Oficial, N° 4.028.—Caracas, jueves 28 de abril de 1887.

desde Turmero hasta Santa Cruz de Aragua, no hay un palmo de suelo sin algún osario precolombino.

“Los Cerritos” forman pequeños morros distribuidos en terreno arcilloso; 10 metros de base y 3 de elevación constituyen sus dimensiones. La extensión de algunas de esas colinas es de 300 metros. Copiemos del etnólogo Marcano la descripción de las tumbas indígenas:

“La sonda aplicada a su base, encuentra a 60 centímetros de profundidad, una costra de tierra fosilífera detrás de la cual se halla un recinto interrumpido de trecho en trecho. El recinto está formado por verdaderos pedazos de muros alineados circunscribiendo un cementerio, que contenía los restos de un pueblo extinguido. El espesor de la construcción es de 90 centímetros. Su forma general, como la de la base de la colina, es un óvalo más o menos regular. Cada columna está formada de piedras achatadas, apiladas, colocadas regularmente una a una sobre otras, tocándose por sus caras planas. Largo de las piedras 20 a 30 centímetros. Como todas reproducen el mismo tipo, podría creerse al principio que deben esta forma a una pulitura intencional. Sus superficies son sin embargo muy irregulares y presentan los caracteres de un desgaste producido por las aguas.

En los intervalos que dejan las murallas hay acumulación de osamentas enteras y fragmentadas, conchas y útiles de piedra, hueso y madera, y potes para usos diversos, de los que gran parte conserva las huellas del fuego”.

Con ingenuo fervor, animado de alegría triunfal y de recogimiento religioso puramente idealista, aduéñase Vicente Marcano de las reliquias autóctonas. Estos despojos maltratados, deleznable, sucios de tierra y vejez, ahora salvados de la vorágine del tiempo y del parasitismo de los insectos destructores, simbolizan para el explorador la culminación brillante de nobilísima tarea científica. Deleitaríase en la felicidad inocente de tener entre las manos una ofrenda digna de los altares de las ciencias biológicas. Invalorable el tributo sagrado, resarce al naturalista de los desvelos y quebrantos que costárale descubrir las osamentas en el camposanto de “Los Cerritos”. Minado de paludismo, ardidado en el escalofrío de la fiebre inexorable, bajo el



VICENTE MARCANO



tatuaje de picaduras de mosquitos, Vicente Marcano tendría el solaz de recitar la frase clásica: ¡vine, vi, vencí!

### III

Apenas aliviado de sus enfermedades, sin aguardar siquiera el completo restablecimiento, como si temiese morir antes de terminar las excavaciones, el explorador Marcano, acompañado de su hermano Bonifacio, partió de Caracas el 17 de agosto de 1887, rumbo a las selvas guayanesas. Van a explorar las regiones del Alto Orinoco. Entran en el gran río por Boca de Navíos; peregrinan en las comarcas selváticas del cacique Roso y se ganan su amistad, que tan útil les fué. Adelantan por los bosques perdidos, y domestican esa frialdad mañosa que en los indígenas es secuela y resabio de los escarmientos ancestrales padecidos por la raza desde las invasiones épicas, torpes y despiadadas de los conquistadores. Los pacíficos excursionistas de ahora, auténticos emisarios de paz y civilización, cautivan la confianza y el cariño del cacique Droteo, quien les acompaña y guía por los raudales de Maipures. Luego de haber remontado por las aguas crecidas del Tuparro, regresan a Atures.

En el monte asesino jamás cesa el concierto bárbaro de los aullidos, ni se apacigua nunca la alevosía de las serpientes y las flechas. Vivero de malaria y de fiebre amarilla es el agua estancada en los pantanos y remansos.

Sin tregua ni demora, los zapadores indigenistas emprenden la exploración disciplinada de la isla de Tapurero; trajinan la catarata de Barradero; penetran en los montes; escalan los macizos de Atures; enseñoreanse en el llamado Cerro de los Muertos; y los audaces viajeros sientan plaza en Cerro del Sueño, Suripana, Cerro de Clavazón y Punta de Cerro. En mitad del raudal de Atures, cabe la naturaleza imponente del paraje, está Cucurital, sitio en que el investigador obtuvo reliquias indianas. Asimismo en Ipi-Iboto, cuyo descubrimiento es gloria del infatigable excursionista, rescató despojos humanos interesantísimos. Balance de la exploración por las regiones del Orinoco: 188 cráneos de precolombinos netos, y 10 de tribus contemporáneas.

Cuánta diferencia entre la expedición etnográfica, cultural de los Marcano, y las incursiones guerreras que en 1532 comandara

el tigre bípedo que fué Diego de Ordaz; o la odisea que en 1595 acaudilla el pirata Walter Raleigh, híbrido de gentleman y apache. De los patibularios, apenas sobrevive el recuerdo de la ferocidad y el pillaje (1).

Un golpe moral, demasiado rudo, ensombrece de improviso la existencia del admirable sabio: la muerte de Bonifacio, su inseparable hermano. El paludismo contraído en la zona insalubre extinguió la pujante juventud de este pionero de la Etnografía venezolanista. El obrero, calladamente sufrido, batalló con la sinceridad y la constancia de las voluntades rectas; su meritoria labor pasa desapercibida, eclipsada por la celebridad de sus hermanos Vicente y Gaspar, los primeros en reconocer el mérito de quien, idealista positivo, sacrificara su vida en aras de la ciencia.

Vicente quedó solo en la palestra. De fechas 8 y 27 de mayo, 14 de julio y 9 de noviembre de 1888, son los memorándums que redactara, informando al Gobierno el resultado de las exploraciones. De nada le valdrán su espartano cumplimiento del deber y el fulgor de las incursiones inmortales. Oigamos lo que respecto al menosprecio de los trabajos etnográficos, escribió el doctor Gaspar Marcano:

“El general Guzmán Blanco, al retirarse del mando, según lo ordenaba la Constitución, había recomendado aquella obra de una manera muy especial, a su sucesor, el doctor Rojas Paúl, y como éste prometiera su cooperación, creyó poder contar con ella su antiguo Jefe y Protector. Listo para todo, Vicente Marcano esperaba órdenes del Gobierno, y aunque ya se hacía manifiesta la indiferencia de éste, él atribuía su dilación a la necesidad de atender a cuestiones más urgentes, o al esfuerzo momentáneo que hacía la nueva administración para restablecer el equilibrio, naturalmente turbado por la trasmisión del poder.

Mucho tiempo hubiera esperado, cavilando sobre la causa aun desconocida de aquel desaire, si acontecimientos de otro género

---

(1) Atroz conducta la de Keymes, lugarteniente de Raleigh en la conquista militar de Guayana el 12 de enero de 1617: al Gobernador Diego Palomeque de Acuña, muerto heroicamente en la batalla, le cortan la cabeza y atán su cadáver con el de Juan Ruiz Monge, en forma que los pies de éste maltrataran la cara de aquél. Resabio caníbal, digno de la pancilla belicosa.

no hubiesen venido a tiempo para distraer su impaciencia, y suspender su inacción" (1). Alude el biógrafo a los trabajos en que se engolfó Vicente Marcano para que Venezuela quedase dignamente representada en la Exposición Internacional de París, en 1889.

Con esmero y afán se puso a trabajar Vicente. Su propósito era excursionar hacia el Delta del Orinoco; remontando los caños de Maturín, estudiar palmo a palmo, desde el punto de vista etnográfico, la región de Oriente; pasar a Coro y proseguir en su lucha hasta haber reunido cuantas osamentas, armas, utensilios, ornamentos, vasos sagrados y demás reliquias capaces de permitir la redacción de una monografía integral de las tribus: cumanagotos, guaraúños, guaiqueríes, paríagotos, chaimas, caribes, guahibos, caquetíes, jiraharas y tantas otras que constituyen el abolengo precolombino. Olvidábase Vicente Marcano que obra de tanto aliento necesitaba el impulso vivificador de Guzmán Blanco, retirado ya de la política. Pleno de tedio contempla Gaspar cómo se malogró el noble empeño de Vicente, y condensa su decepción en estas líneas, nada honrosas para el Gobierno del doctor Rojas Paúl:

"Fructuoso estudio hubiera sido éste que habría planteado las razas indígenas sobre bases científicas, y sin duda alguna que estaría ya construído el pórtico de nuestra historia nacional, si la Administración se hubiese prestado a ello" (1).

De la misma opinión es el historiador Carlos A. Villanueva, al decir: "Desaparecido Guzmán Blanco, desaparecieron las exploraciones de antropología venezolana" (2).

#### IV

Identificado con su ideal de cultura patria, no sabía Vicente Marcano dar su brazo a torcer; pospone su orgullo en obsequio de la obra civilizadora, e insiste y ruega hasta que, ¡por fin!, en diciembre de 1888, el Gobierno eroga la cantidad de 1.000 pesos para los trabajos de las excavaciones nacionales. Indiferente el

(1) "Biografía de Vicente Marcano".—Pág. 65.—Edic. de París, 1893.

(1) Op. cit.—Pág. 68.

(2) "El Universal", N<sup>o</sup> 286.—Caracas, sábado 5 de marzo de 1910.

Gobierno retirábale en definitiva su apoyo a la Etnología de Venezuela preibérica. ¡Un sarcasmo ese mendrugo! ¿Cómo imaginar que con la mezquindad de esa limosna pudieran recorrerse y excavarse dilatadas porciones del territorio nacional? Tuvo el explorador la serenidad de recibir la dádiva y se marchó a practicar exhumaciones difíciles por los lados de Cumarebo y La Vela de Coro. Tras un año de ímproba labor, herido, descoyuntado, cavila en el vacío opuesto a sus esfuerzos inauditos. El hastío de Vicente lo relata su hermano en este pasaje decoroso:

“Al regresar a Caracas en enero de 1889, se convenció Vicente Marcano de que no podía contarse con el Gobierno Nacional. Lo que en adelante se hizo por nuestra Antropología, fué debido exclusivamente a su iniciativa personal” (1).

El zapador indigenista sobrevivió poco al suplicio de la paralización de sus trabajos, verdaderas proezas etnográficas. El alto pensador don Laureano Villanueva, Presidente de Carabobo en 1890, tuvo el destello de crear el Instituto Agronómico bajo la dirección de Vicente Marcano. Anhelaban que la tierra intensificara la producción. Vicente, agrimensor y agrónomo desde sus años mozos, consagró el resto de sus fuerzas a la obra útil.

“Una fiebre violenta vino a postrar su cuerpo ya minado por la fatiga”, apunta su fraterno biógrafo. En la etapa febril tuvo delirios en los que las palabras incoherentes reproducían siempre la imagen de los sueños rotos del paciente: “París, Laboratorio, Instituto”. Las evocaciones imborrables emergían así del subconsciente del enfermo. En Valencia, el 17 de julio de 1891, a las 10 de la noche, se extinguió Vicente Marcano. Su edad: 42 años (1). Había nacido en Caracas el 27 de octubre de 1848. En su

---

(1) Marcano.—Loc. cit.—Pág. 69.

(1) Vicente Marcano fué autor de interesantes trabajos que dan fe de su capacidad de producción. La generalidad redactados en francés, porque acostumbraba remitirlos a las sociedades científicas de París. Las veces que fué preciso, Marcano sostuvo, en la prensa nacional y extranjera, interesantes polémicas de orden biológico. He aquí una parte de sus publicaciones: “Páginas sueltas”, 1878 “Elementos en Filosofía Química”, 1878. “La République du Venezuela á l'Exposition Universelle de 1878 a Paris”. “Sur la composition de la banane et sur des essais d'utilisation de ce fruit”, 1879. “Annales de Chimie et de Physique”, 1879. “Sur un nouveau sulfo-cyanate de platine”, 1880. “Fermentation directe de la fécule (mecanisme de cette métamorphose)”, 1882. “Sur la panification”, 1883. “Observations et expériences sur la circulation de la sève des végétaux sous les tropiques”, 1883. “Sur la formation de quantités notables d'alcool dans la fermentation panaire, 1883

lecho de muerte, en los instantes de euforia, pero sintiéndose desaparecer en la plenitud de sus energías mentales, pudo haber repetido las palabras de Beethoven, cuando el autor de la "Quinta Sinfonía", moribundo exclamaba con la mayor naturalidad: "¡Es preciso!"

La intervención de Vicente Marcano en los osarios precolombinos, sacando a luz ignoradas reliquias, trae a la memoria los versos en que el poeta sublime y trágico alude a la raza autóctona: José Asunción Silva, en su loa al bronce del Libertador erguido en la Plaza Bolívar de Caracas, rimó:

"En la feraz llanura  
Vivió feliz el indio, cuya seca  
Momia, por mano amiga sepultada,  
Duerme en el fondo de la cripta hueca  
Ha siglos olvidada" (1).

## V

Redactemos ahora la noticia biográfica del clínico Gaspar Marcano. Nació en Caracas en 1850, dos años después que Vicente. A estos Marcano veniales por atavismo la vocación intelectual: su abuelo, el Licenciado Gaspar Marcano, fué hombre de armas y de letras. Ocurrió su nacimiento en San Juan, isla de Margarita, el día 8 de enero de 1781. En la Real y Pontificia Universidad de Caracas obtuvo, para 1807, el título de bachiller, etimológicamente, adornado con bayas de laurel. Inscríbese en Derecho, y alcanza la licenciatura en esa rama de las ciencias políticas y sociales. No tarda en decirle adiós a los estrados de Themis y marcharse a empuñar el fusil bajo las bandersa libertadoras. Fir-

---

"Fermentation de la fécule (présence d'un vibrion dans la graine de maïs qui germe et dans la tige de cette plante)", 1884. "Sur la fermentation peptonique", 1884. "Recherches sur la transpiration des vegetaux sous les tropiques", 1884. "Sur la perseite (matiere sucrée analogue á la mannite)", 1884. "Composition des terres nitrées", 1885. "Sur la fermentation peptonique de la viande", 1888. "Sur les eaux noires des régions équatoriales", 1888. "Sur le Yaraque (boisson fermentée des tribus sauvages du Haut Orénoque)", 1888. "Sur la formation des terres nitrées", 1889. "Sur la proportion de nitrates contenus dans les pluies des régions tropicales", 1889. "Sur la fermentation du veson de la canne a sucre", 1889. "Sur la métallurgie precolombienne au Vénézuéla", 1890. "L'ammoniaque dans l'atmosphère et dans les pluies des régions tropicales", 1891. "Essais d'agronomie tropicale", 1891. "Annales de la science agronomique française et étrangère", 1891.

(1) José Asunción Silva.—"Al pie de la estatua".

ma junto con Mariño, Piar, Bermúdez, Valdez, Azcúe, Isava y otros, el Acta de los 45 de Chacachacare, en enero de 1813. De allí en adelante, los campos de batalla de la Independencia viéronle dar pruebas de heroísmo. Con el grado de Teniente Coronel lució laureles y charreteras. En el Congreso de Angostura, febrero de 1819, y en el de Cúcuta, mayo de 1821, descolló como intelectual honrado.

La figura romántica, caballescaca del ilustre prócer, nos hace recordar la del soldado y poeta Alonso de Ercilla, o la de Juan de Castellanos, porque a semejanza de los dos paladines españoles, también el adalid margariteño solía alternar el sable con la pluma del aeda historiógrafo y epigramático. En estrofas que son aljaba de sátiras, vemos cuán vivaz era el ingenio del bardo insular. Nieto, retoño de esa encina fué Gaspar, el galeno. Su padre, don Juan Marcano, señor de holgada posición económica, mandó sus hijos a seguir estudios en París. Vicente y Gaspar embarcáronse en La Guaira el 22 de mayo de 1864, a bordo de "La Venezolana".

Concluídos los estudios secundarios en el Liceo San Luis, principia Gaspar Marcano los de Medicina. Su trayectoria estudiantil es una sucesión de lauros hasta el doctorado. Por concurso de oposición llega a ser Externo e Interno de los Hospitales. Profundiza en el estudio de la Antropología y es discípulo predilecto de Broca. Notable en Cirugía, Marcano conquista el honor de ser Jefe de Clínica en el Hotel Dieu. Asiste al concurso para el cargo de Profesor, y gana la lid; pero en la disyuntiva de nacionalizarse francés, requisito legalmente indispensable para servir la cátedra, renuncia a ella, porque prefiere ser venezolano. Años más tarde, circunstancias favorables permitiéronle ser profesor titular de la cátedra de Antropología en la Facultad de Medicina. Fué miembro de la Academia de Medicina de París y de la Sociedad de Anatomía.

Trabajador ejemplar, redactó valiosas monografías originales; políglota, acostumbraba respaldar sus opiniones con textos en alemán u otros idiomas que él dominaba a perfección. Placíanle los autores célebres, y para darle amenidad a su prosa no excusaba matizarla con la cita de versos como éste:

“L’homme n’écrit rien sur le sable,  
a l’heure ou passe l’aquilon” (1).

O en el deseo de canalizar una emoción, recuerda la estrofa de Dante:

“Non ragionam di lor, ma guarda e passa” (2).

Y regocijaba su espíritu culto interpretando al violín, como Einstein, obras clásicas. En Marcano fraternizaban el artista y el sabio.

## VI

Jamás cabría en abreviada ficha biográfica la reseña de los estudios publicados por el notable científico. Sólo podemos revisar algunos de sus trabajos.

El problema de la lepra ocupó a fondo la atención del doctor Gaspar Marcano, relator, en colaboración con Wurtz, de un interesante estudio cuyo título es “Du diagnostic bactériologique précoce de la lépre. Indications de l’intervention opératoire”. El autor sustenta la opinión de tratar por la cirugía los casos de lepra adecuados para la intervención, y al efecto dice:

“Si la propagación de la lepra se hace de uno en otro, por la migración de los bacilos, la supresión del primer foco infeccioso, antes de que haya habido invasión del organismo, constituye el verdadero tratamiento racional y científico de la lepra”.

Partícipe del criterio clínico quirúrgico de algunos leprólogos de su época, Marcano es intervencionista práctico, y conforme lo hicieron Leloir en Francia y Lelón en Italia, él también practica la extirpación de los lepromas incipientes. En las conclusiones de su estudio, leemos:

“La lepra puede comenzar por una mancha aislada, no teniendo otro carácter específico, a excepción de la anestesia que existe a su nivel y alrededor de ella. Es en estos casos que importa hacer, de una manera precoz, el diagnóstico bacteriológico de la afec-

---

(1) Musset.—“La nuit de mai”.

(2) L’Inferno.—Canto 3º.

ción. Este diagnóstico, que la anestesia deja ya presentir, deberá ser hecho con la ayuda del examen bioscópico.

La comprobación del bacilo de la lepra nos parece acarrear, en estos casos, una indicación terapéutica importante; la ablación de la mancha inicial y de las partes anestésicas vecinas. Esta ablación deberá ser practicada lo más pronto posible. La incisión deberá avanzar ampliamente fuera de la zona anestésica. Es permitido esperar que se podrá así detener quizás de una manera definitiva la marcha de esta tremenda enfermedad" (1).

En un arranque de optimismo, concede al tratamiento quirúrgico excesiva importancia. Solidarizado con el parecer operatorio, lleva su adhesión al punto de anticiparse por todo evento desfavorable a Lelón. Marcano escribe:

"No nos admiraríamos de que su tentativa hubiera fracasado, pues aunque los lepromas fuesen de fecha reciente, la infección no era única; los tubérculos estaban en número de dos y había, además, un ligero infarto ganglionar del ano" (2).

En un momento cualquiera, sirviendo con demasiado fervor a un propósito generoso, bien puede el entusiasmo inmoderado, nacido del ímpetu mismo de la lucha, situarnos al borde de una quimera cautivadora. En tal estado de ánimo, que es a la vez origen y consecuencia de una gran porfía íntima, en mayor o menor grado es fácil incurrir en apreciaciones desmedidas, equivocadas. La hipérbole ronda los pasos honestos de investigadores engañados. En lepra, como si el tema mismo ejerciera una atracción fascinante, jamás concluye la aparición de tradicionales utopías, o de arrebatos pesimistas. Un mismo incentivo, la curación de la enfermedad, avienta por caminos de ilusión o desesperanza a crédulos y renegados.

En punto a lepra, el afán terapéutico ofusca de ilusión a hombres de la mentalidad excepcional de Beuperthuy (1808-1871) y del ilustre bacteriólogo colombiano Lleras Acosta. Analizando la obra del primero (3) dijimos en otra ocasión: Beuper-

(1) "Du diagnostic bactériologique précoce de la lépre. Indications de l'intervention opératoire". — Paris, 1895.

(2) *Ibidem*.

(3) Reproducimos aquí fragmentos de los artículos que bajo el título de "El Problema Social de la Lepra" y "Medicina venezolanista en el siglo XIX", publicamos en los números 50 y 51 de la "Gaceta Muskus", de Caracas.



thuy ideó un método personal, que utilizaba en el tratamiento de la lepra; en nuestra flora encuentra el árbol que le suministra en la cosecha madura el principio medicamentoso: el merey, marañón o cauñil, que todos estos nombres se le da, como también le dicen anacardo (“*Anacardium occidentale*”, su nomenclatura botánica), debido a que su forma y pulpa comestible tienen cierto parecido con la morfología y tejido del corazón. Beauperthuy empleaba no la semilla del merey, pues a esta almendra, parecida a un pequeño riñón, el experimentador no le asignaba propiedades curativas, conceptuando inerte la nuez germinal del merey. El clínico servíase del pericarpio, y destilaba un aceite vesicante:

“Se debe emplear bastante alcohol de modo que se inunde en exceso la pasta oleaginoso; se deja macerar el conjunto en el sol durante dos días, se encierra en un saco de tela, se somete a una fuerte presión y el alcoholato aceitoso exprimido se recibe en una vasija y se pone bajo la acción de los rayos solares. Con una cucharilla se quitan las películas oleaginosas que se forman y no tardan en extenderse en la superficie del líquido. Viértase el aceite en un frasco de boca ancha. El aceite obtenido en tal forma es muy puro y muy cáustico” (1).

Beauperthuy explica así la acción calcinante de su preparado: “Cauterizadas con aceite de merey las partes afectadas de manchas tuberculosas, tubérculos e infiltraciones aluminosas, sucede la turgencia de la piel, brotes herpéticos, exudación abundante de un líquido filamentosos, viscoso, blanco, salado, opalino, que se seca y concreta en escamas espesas, morenas, amarillentas o verdosas que se exfolian y caen” (2).

Sobreentendido que este método radical de cauterizaciones; además de producir una desesperación insufrible en los casos que no eran de lepra anestésica, tenía la desventaja de causar heridas y hemorragias cutáneas, y en casos infelices, hasta ulceración difícil de cicatrizar. Pero clínico atento, indicaba el doctor Beauperthuy que, tratándose de leproso avanzados, se debía ser muy discreto, muy prudente en el uso del cáustico óleo. En la técnica

---

(1) Beauperthuy.—“Travaux Scientifiques”.—Bordeaux, 1891.

(2) Beauperthuy.—Op. cit.

enérgica y enojosa admitiríase el lugar común de la curación del dolor con el mismo (1).

El empleo, tal vez inmoderado, que hiciera Beaupterthuy de los cáusticos, parece sincerarlo su concepción microbiana de la lepra: "Cada folículo cutáneo —escribe el leprologo— es una célula microcósmica ocupada por uno o varios gérmenes parasitarios que viven a expensas del organismo general y de las secreciones locales, y se desarrollan y se multiplican" (2).

Su método terapéutico, que en la aspiración de ser muy parasitotroppo era muy organotropo, determinaba secuelas de quemaduras en la dermis de los clientes en tratamiento; Beaupterthuy los medicinaba ungiendo la piel con aceite blanco de coco, aromatizado de resinas. Más graves que las lesiones dérmicas eran las reacciones de intoxicación que, según el testimonio del propio autor del método terapéutico, solían complicar a los leprosos tratados: fiebre, enteritis disenteriforme y angina. La fiebre la combatía con quinina; la enteritis por el sistema curativo del doctor Pétra, y la angina era yugulada con esencia de naranja o de limón.

La hidroterapia entraba como medio auxiliar eficaz en el plan seguido por el doctor Beaupterthuy; prescribía baños saturados de hidrocloreto de soda y mandaba añadir una dosis de kerosene. Utilizó igualmente el licor de Van Swieten y el nitrato de plata, al que atribuía virtudes apreciables. Su propósito lo resume en un aforismo suyo: "La inflamación terapéutica destruye la irritación etiológica" (3).

Tan desacertado sería reprocharle a Beaupterthuy su exceso de confianza en la referida terapia de la lepra, como censurar la

---

(1) Stefan Zweig pone en boca de un protagonista suyo, médico, esta emocionada confesión: "Cada enfermedad es, de por sí, un acto anárquico, una rebelión contra la naturaleza; por eso es lícito combatiría por todos los medios, absolutamente por todos. No hay que tener compasión con los enfermos; el enfermo se coloca fuera de la ley, vulnera el orden, y para restablecerlos al orden y a él mismo, hay que intervenir despiadadamente, en cada revuelta; hay que servirse de todos los medios al alcance de uno, pues jamás ha sido curada la humanidad ni un hombre aislado mediante la bondad y la verdad. Cuando un engaño cura, deja de ser un engaño miserable para convertirse en medicamento excelente, y mientras no puedo curar efectivamente un caso determinado, debo tratar de aliviarlo". ("Impaciencia del corazón", pág. 148.)

(2) Beaupterthuy.—Loc. cit.

(3) Ibidem.

ilusión de Lleras Acosta cuando imagina haber cultivado el bacilo de Hansen y cree disponer del antígeno ("leprolina" lo llamó) para verificar una reacción específica de la enfermedad. También Marcano pagó su tributo a la utopía. La terapia quirúrgica que propaló encarna su devoción galénica y su inmanente desvelo por los problemas venezolanos. Todo lo nuestro, suyo a la vez, preocupábale en alto grado. La misma pluma que había escrito respecto a las aguas termales de Venezuela (1); quien era autor de la magistral "Ethnographie Précolombienne du Venezuela"; quien acababa de publicar su "Biografía de Vicente Marcano", libro pleno de nacionalidad, fuerza es que, mentalmente, viviera adicto a los problemas del suelo patrio. Primordial entre ellos la lepra.

## VII

Cuando Marcano escribía, la etiopatogenia y terapéutica de la enfermedad distaban mucho del adelanto alcanzado en años posteriores. Pero sí sabía el clínico que desde el siglo XVIII el asunto lepra fué en Venezuela trascendente. Evocando tiempos y lugares, visiones e imágenes de su Caracas nativa, quizás Marcano recordara el nombre de la esquina de "Lazarinos" (parroquia de San Juan) donde antaño estuvo el primer leprosorio caraqueño; o haría memoria de la esquina de "San Lázaro", ubicación del segundo, mandado a construir en 1753 por el Gobernador y Capitán General de Venezuela, don Felipe Ricardo (2). De aquel

---

(1) "Le Progrés Medical". París, 1878.

(2) A ese hospital de leprosos se le fijó como asignación el producto de los impuestos y expendio de guarapo. El ingreso debido a estas rentas dió en 1772 la suma de 11.486 pesos.

En 1781 se construyó en Caracas el tercer leprocomio, levantado en la vecindad del cerro del Avila. Tuvo efímera duración, pues en 1795 los enfermos fueron de nuevo reclusos al hospital de "San Lázaro". Concluida la independencia de Venezuela, se procedió a reedificar en 1824 el referido asilo de abajo, durante la Administración patriótica de don Juan de Escalona. Funcionó dicha leprosería hasta el 27 de abril de 1875, día en que se inauguró el hospital que Guzmán Blanco hizo construir en Sabana Grande.

De los otros leprocomios antiguos, el de Maracaibo había sido creado por decreto que promulgó el Libertador, en Bogotá, el 5 de septiembre de 1828.

Según informe estadístico del Gobernador de la Provincia, fecha 14 de marzo de 1832, el edificio, ubicado en una isleta, a legua y media de la ciudad, tenía 20 habitaciones; había 5 hospitalizados; los gastos de manutención cubríanse con el impuesto pagado por los barcos que anclaban en el Lago, y "el rédito de una gallera fabricada con fondos pertenecientes a dicho establecimiento". Insospechada cooperativa: el vicio alimentaba al infortunio.

Decía el Gobernador: "La poca entrada de buques, en este puerto, hace que en la actualidad no pueda sostenerse más número de enfermos; pero con una

asilo perdura, respetado por la arquitectura de moderno edificio, el frontis de la capilla, su arco y la estatua de piedra de San Lázaro que, arrodillado, ofrece su humildad en desagravio a las blasfemias de sus hermanos leprosos.

Conjeturamos que por asociación de ideas, las remembranzas casuales de Marcano traeríanle a contemplar el problema de la enfermedad en su país. Bien conocía él la gravedad de la materia que se agudiza de año en año: mientras que el censo de leprosos dió en 1838 un total de 154 reclusos (ignorábase el número de casos ocultos), en 1843 el balance subió a 402 hospitalizados, distribuidos así: Barinas, 64; Carabobo, 62; Caracas, 58; Maracaibo, 58; Trujillo, 54; Cumaná, 52; Mérida, 17; Barcelona, 17; Guayana, 10; y Barquisimeto, 10. Por algún tiempo las estadísticas fueron cada vez más desfavorables.

No desconocería Marcano el peligro de la convivencia de leprosos y niños sanos, condenados a infectarse, ni tampoco ignoraba que la reclusión y asistencia era entonces problema insoluble en Venezuela. No siendo él un leprólogo, pensamos que si intervino con ahinco en el debate del tratamiento quirúrgico de

---

regular concurrencia de aquéllos podrán fácilmente sostenerse hasta 40 que aproximadamente se calculan contagiosos hasta ahora; se suministran a cada uno de los enfermos dos reales diarios invertidos en un real de carne, y 5 onzas de menestra, 6 plátanos, una 8<sup>a</sup> de cacao, un cuarto de papelón, leña, luz, sal y jabón. La isla es propiedad del señor Simón Peña, a quien paga el establecimiento 25 pesos mensuales de arrendamientos".

Para mejorar de rentas la referida leprosería, el Congreso Nacional dictó el 9 de mayo de 1840 la ley por la cual se le asignaba el producto de la isla de Toas. Más pobre que el leprocomio de Maracaibo fué el de Mérida en 1832. El ciudadano Gobernador manifiesta: "El hospital de Lázaro sólo tiene corriente una casa, cuyo rédito alcanza a 48 pesos al año".

En Cumaná había desde los tiempos coloniales el "Hospital de San Lázaro", retirado al noroeste de la sabana de Caigüire. Píadosas gádivas sufragaron la construcción y legados píadosos aseguráronle rentas. Con fecha 24 de abril de 1833, el Gobernador de la Provincia informaba: "Sus rentas consisten en 12.683 pesos y 18 centavos de capital impuesto a censo al respecto de 5 por ciento y en los que produce el derecho de anclaje en los cuatro puertos habilitados de la Provincia".

Desde 1795 la ciudad de Barcelona tuvo leprocomio, gracias a la caridad pública. A favor del hospital legó tierras doña Felipa Chirinos, "para que se diesen enfiteusis a beneficio de los enfermos", reza la cláusula generosa. La leprosería de Barcelona, reconstruida en 1852, fué clausurada en 1867. Y de la Provincia de Apure, en informe fechado en Achaguas el 10 de febrero de 1831, decía el prócer general Muñoz:

"No se conocen en esta provincia obras de beneficencia y se echa de menos, sobre todo, un lazareto donde se recojan multitud de personas infestadas de este mal".

El leprocomio de Maracaibo y el de Cumaná fueron declarados bienes nacionales por decreto del 23 de junio de 1833.

la lepra, lo hiciese animado de la intención de mejorar la suerte de la humanidad en desgracia.

### VIII

También escribió Marcano "La Medicina y los Médicos de Venezuela en las Epocas Precolombianas" (1), estudio fechado en París por mayo de 1905. Erudita labor de historia y de crítica, ahonda en las causas esenciales que oscurecen el conocimiento de la edad aborigen; valora el efecto fatal de aquéllas y deplora lo rudimentario de la información relativa a nosología y terapéutica vernáculas. Superando innumerables escollos fué cómo el autor redactó su trabajo, de originalidad sorprendente y de concienzuda interpretación clínica retrospectiva. En cuanto a estilo esmerado, viril, diáfano, que así era el suyo, ya le ofreceremos pasajes al lector. Digamos antes, que ni precursores ni émulos tuvo aquel galeno en punto a nosografía venezolana precolombina, pues aun cuando las alusiones de los viejos cronistas sirvieranle a él de luz en el camino, preciso es convenir que, legos en Medicina nuestros historiógrafos antañones, escasamente aportaron el dato inicial o la referencia pristina, raíz y extracto de tradiciones promisoras del esclarecimiento que en el futuro haría el clínico escrutador de la patria autóctona.

Clara idea de las dificultades vencidas por Marcano en la redacción de su celebrado estudio, y noticia de la carencia de fuentes amplias en que documentarse, nos la da el mismo autor al decir:

"Los conquistadores, de carácter poco observador, casi siempre se atenían a lo que ellos mismos le relataban, y como no se aplicaron a indagar aquel bellísimo tema de la evolución americana, no nos han conservado sino documentos de importancia relativa.

Para ellos, el mejicano, el inca, el venezolano, fueron todos iguales, no porque hubiesen medido el nivel intelectual de cada uno de ellos, sino porque consideraron su universal paganismo como un carácter primordial.

Cuanto el indio había creado, inventado o investigado, les pareció obra salvaje. Tan lejos estuvieron de apreciar la tendencia

---

(1) "Anales de la Universidad Central de Venezuela".—T. VII, Nº 3, Pág. 303.

intelectual indígena, que trataron de amoldarlo todo a su propia mentalidad, asimilándolo a ideas concebidas en otros mundos y por otros hombres” (1).

Biólogo, naturalista, su disciplina científica permitíale a Marcano abordar los temas con desapasionado criterio, que preocupado sólo de la esencia de la tesis, nada más podía importarle. Habitado a la imparcialidad en el procedimiento, razona el testimonio:

“Nosotros debemos considerar al castellano y al precolombiano como elementos étnicos en dos grados diferentes de evolución y compararlos sin pasión, haciendo abstracción de dogmas históricos.

Desprendidos de toda prevención extraeremos de los antiguos anales los documentos que merecen fe, y trataremos de formarnos con ellos un juicio sobre la medicina de nuestros precursores” (2).

En virtud de que la tradición asigne a los Piaches la valencia triple de médicos, sacerdotes y adivinos, Marcano los biografía en cada uno de esos aspectos; pone en berlina a inexactos misioneros historiógrafos, cuando escribe:

“Nos hemos limitado a transcribir lo que lleva la pretensión de haber sido presenciado por testigos, y estas citas, a las cuales no añadiremos ningún comentario, basta a probar cómo la imaginación del español se sustituía a la observación, y de cuantas ideas falsas ha dotado nuestra historia” (3).

Coteja referencias, enjuicia opiniones y remontándose al origen cierto de los factores sociales, desenmascara antojadizas interpretaciones, y censura contundente:

“No es, pues, extraño que tan intensa sugestión haya hecho atribuir al indio ideas que nunca tuvo, y que el historiador pierda toda confianza en aquellos espíritus que ignoraron totalmente el arte de investigar. Por eso ponemos en duda la nigromancia del

---

(1) Gaspar Marcano: “La Medicina y los Médicos de Venezuela en las Epocas Precolombianas”.—París, mayo de 1905.

(2) Marcano.—Op. cit.

(3) Loc. cit.

médico precolombiano y sus diabólicas consultas. Más lógico nos parece considerar las algazaras nocturnas, como un modo de llamar la atención del público y de atraerlo, una especie de reclamo, como diríamos hoy" (1).

Desdeña el sectarismo de los porfiados en sostener que sí creían los indios en el demonio; hace Marcano erudita incursión comparativa por la Historia Universal —trajina en predio suyo—, y a vuelta de página intachable, burla inclemente:

"En la leyenda de Fausto, Mefistófeles con elocuencia humana discute con el filósofo para inculcarle el mal y arrastrarlo al abismo, pero aquel diablo que trepa los árboles y que viene a ejercer sus intrigas en las riberas del Orinoco, nos parece ser una creación ibérica" (2).

Nada de intransigencia en la exactitud de Marcano, pues que su ecuanimidad no es tiesa sino comprensiva, admitiendo el autor la credulidad del indio en el "espíritu malo". La sinonimia de lo sobrenatural la precisa el indigenista doctísimo en las lenguas que hablaron las tribus tamanacos, maipures, jaruros, otomacos, achaguas, jiraharas, guahibos y guaraúnos.

Refractario a conclusiones violentas, recusables, placíale al sabio madurar sus juicios, sincerarlos; solía demorarse en la búsqueda de argumentos, seguro de que el hallazgo resarce lo ímprobo del trabajo. Los éxitos de Marcano debieronle bastante a su paciente serenidad. Quien jamás escatimó esfuerzo cuidadoso, franqueábale el paso de victoria a su dictamen:

"Mientras más confianza les inspira la infabilidad de sus conocimientos, más nos revelan su ignorancia, y al manifestar su mayor desprecio por las tradiciones precolombianas, más nos hacen sentir, a pesar suyo, cuanto merecen ser consideradas.

Estas reflexiones indican con cuantas precauciones hemos tenido que penetrar en el fondo de la cuestión, para rectificar el juicio de los historiadores, sin alterar los textos que de ellos hemos heredado" (3).

---

(1) *Ibiden.*

(2) *Ibiden.*

(3) *Ibiden.*

Como fuese costumbre entre los indios tratar varias enfermedades por medio de la balneación, Marcano hace el siguiente comentario:

“Traduciendo esto en nuestro lenguaje diremos que los piaches aplicaban las tres grandes formas de la hidroterapia: la inmersión (baño de río), las abluciones (riego del enfermo en la hamaca), y el arropamiento (arcilla mojada).

No podemos negar que este estudio nos ha causado gran sorpresa, y al mismo tiempo una íntima y placentera emoción. El espíritu se pierde en conjeturas al considerar que los indios precolombianos de Venezuela poseyeron una medicina tradicional, y que a pesar de la reputación de bárbaros con que se les abruma, empleaban metódicamente hace más de cuatro siglos uno de los agentes más eficaces de la terapéutica moderna” (1).

Pensamos en el emocionado timbre de voz con que el insigne Profesor Razetti, ferviente de las glorias patrias, leería satisfecho, en la Academia Nacional de Medicina, la aplaudida comunicación de Marcano (2).

## IX

Es de mucho mérito el estudio de Marcano, “Investigaciones sobre la histología patológica de los pólipos mucosos de las fosas nasales”, leído por el ilustre Razetti en la sesión del jueves 27 de septiembre de 1906. Marcano escribe:

“Tenemos el honor de someter a la Academia de Medicina de Caracas los resultados de nuestros estudios histológicos sobre los pólipos mucosos de la membrana pituitaria. Las preparaciones microscópicas que les sirven de base fueron practicadas en el Colegio de Francia y presentadas a la Sociedad de Biología de París en su sesión de 8 de diciembre de 1905, en donde encontraron completa aprobación así como la interpretación que de ellas hicimos.

---

(1) *Ibidem*.

(2) En el archivo de Razetti puede haber parte de la correspondencia cruzada entre él y Marcano. Ojalá algún día —en bien de las letras y la ciencia— se publicaran esas cartas.





GASPAR MARCANO

Desde entonces hemos proseguido este estudio sin interrupción. Nuevas investigaciones han dado lugar a un trabajo más extenso que se publicará próximamente en los Archivos de Medicina Experimental. Después de haber depositado nuestro manuscrito en los Archivos, hemos aumentado el número de pólipos examinados, de tal manera que hoy llegan a 50. Estas indagaciones ulteriores han corroborado los resultados obtenidos. Así podemos hoy ofrecer a la Academia los materiales de un capítulo definitivo que pondrá término a las numerosas discusiones que han suscitado la cuestión y que carecían de apoyo, porque eran muy insuficientes las nociones que poseíamos sobre la estructura de los pólipos mucosos de la nariz.

Aunque de nuestras observaciones derivan aplicaciones a la clínica, las omitiremos, limitándonos a la anatomía patológica, único objeto de esta comunicación”

“La diferencia consiste en que la célula mucosa reemplaza la célula fusiforme, es decir, que el último grado de la evolución del proceso inflamatorio es mucoso en el primer caso, fibroblástico en el segundo, lo que prueba una vez más la analogía que existe entre el mixoma y la elefantiasis (véase nuestra comunicación a la Sociedad de Biología, y las reflexiones que hizo a propósito de ella el Dr. Darier).

La conclusión que se desprende de nuestras investigaciones es que las lesiones histológicas de los pólipos mucosos de las fosas nasales consisten en un edema inflamatorio acompañado o no de hiperplasia glandular; y que se termina casi siempre por una esclerosis intersticial elefantiásica y raras veces por una formación mixomatosa” (1).

## X

Ciertamente que el destino hizo justicia y premió a Gaspar Marcano; al honor de ser notable médico, cirujano eminente y profesor de elocuencia excepcional, sumó la satisfacción de que Francia le nombrara Caballero de la Legión de Honor, y España lo condecorara con la Medalla de Carlos III. Ya Venezuela hablale

---

(1) “Gaceta Médica”, Nº 19.—Caracas, 15 de octubre de 1906.

otorgado el Busto del Libertador y la Medalla de la Instrucción Pública.

Trabajador disciplinado, Marcano lo fué hasta en los últimos días de su vida. Inconclusa e inédita está la Historia Natural de Venezuela Precolombina, obra a la que dedicara más de treinta años de trabajo. Hombre desinteresado, y por esto decorosamente pobre, jamás dispuso de recursos capaces de permitirle sustraerse al diario afán de la profesión y poder pensar y escribir a libre voluntad. Por la misma razón o dificultad económica, tampoco pudo concluir su Gramática de la lengua cumanagota, idioma que hablaba con la naturalidad de un aborigen. Laboró su texto con el vocabulario recogido entre las tribus por su hermano Vicente, durante las exploraciones etnológicas.

Un día blanco de invierno, en París, el domingo 16 de enero de 1910, cesó de latir el corazón de Gaspar Marcano, a los 60 años de edad. Bajo un cielo amigo, en su otra Patria, hospitalaria al extremo de no conocer Marcano lo que es saudade, en el viejo cementerio de Pére-Lachaise, descansa en paz.

# Sepulcros de los Cerritos

## I

### Generalidades

Descubierto por el explorador Vicente Marcano un cementerio aborigen en los valles de Aragua, esto favoreció sobremanera los trabajos indigenistas de su hermano Gaspar. En las peores condiciones halláronse las osamentas en los sepulcros de Los Cerritos, pues siendo criptas de piedras superpuestas por la mano del indio, y no de paredes macizas como la gruta de Cerro de Luna, estos sencillos túmulos en tierra, naturalmente exponían los huesos a los estragos de fácil permeabilidad. Infiérese, pues, la efectiva desorganización del consabido osario: frágiles unos huesos, apolillados otros, muchos convertidos ya en cenizas, y todos en camino de inmediata pulverización, aquellos despojos fueron salvados de casualidad. Practicado años más tarde el desenterramiento, no habría perdurado ni aún el huesecillo metatarso-falángico del pie, sesamoideo que en 1569 inspiró al anatomista Jaime Grévin su "cuento de camino".

"No está sujeto a corrupción, y se conserva en el seno de la tierra, como esperando que en el día de resurrección surja un hombre de cada uno, como de una semilla".

¡Cándido sueño de Juicio Final! Reducidos a polvo todos los huesos en la tumba, cual lo recuerda la simbólica cruz de ceniza en la frente, sucumbe de hecho la esperanza germinal, supersticiosa y halagüeña fantasía de la Edad Media.

Las excavaciones en los valles de Aragua permitieron rescatar numerosos cráneos útiles, pero el resto de los huesos, deterioradísimos, contrarió mucho al etnólogo, forzado en su cuita a "regretter davantage". En aquellas reliquias deshechas, Marcano verifica en el Laboratorio del Profesor Matías Duval, en París, estupenda labor de craneometría. Confiesa haber trabajado al auxilio de las normas luminosas de Broca. A este gran maestro, extinguido pocos años antes, hubiérale lisonjeado aplaudir a su discípulo, imbuído de tanto aliento.

## II

### C r á n e o s

Clasificados los cráneos, el primero de nuestros antropólogos indigenistas redacta esta sinopsis: "Los cráneos de la primera categoría están todavía caracterizados por la ausencia de glabella, y por una frente recta y ancha, en relación a los de la segunda, donde la frente es estrecha y huída. La cara difiere completamente. Basta comparar los índices faciales y los diámetros bizigomáticos para darse cuenta de ello. La cara del primer tipo es cuadrada, la del segundo alargada. El prognatismo, casi nulo en el primero, es enorme en el segundo, que es a la vez megasemio. Todas las mujeres corresponden a la primera de nuestras divisiones".

Ateniéndonos al texto original, podemos resumir las conclusiones obtenidas por Marcano en las osamentas de Los Cerritos, en la forma siguiente:

- a) ubicación del diámetro frontal mínimo (inferior, de otros craneólogos), encontrado por debajo del orbiton;
- b) depresión transversal en la curvatura de la bóveda y regularidad manifiesta hasta el inion, donde la línea busca ser horizontal;
- c) escaso relieve de la línea temporal y alejamiento del bregma, distancia estimada en 65 a 75 milímetros con relación al este-fanion;

- d) glabella acentuada en unos cráneos, borrosa o nula en otros; tales características son también observadas en las arcadas superciliares;
- e) terion en H, por lo regular obliterado; insignificantes las demás suturas, observándose que la sinostosis es frecuente y correcta;
- f) esporádicos y pequeñísimos los huesos vornianos (fontanelarios astéricos, en su totalidad) previa excepción del epactal en el cráneo N<sup>o</sup> 40, donde el hueso de los incas apareció de gran tamaño (50 milímetros). El balance de los vornianos corrobora la tesis de Chambellan respecto a la correlación entre el número de ellos y la capacidad craneal;
- g) 80.22 el índice cefálico medio, y 1.473 la capacidad craneana (aforo y cubicación de Broca). Las cifras fueron obtenidas en 14 y en 10 cráneos de ambos sexos, respectivamente.

### III

#### C a r a

Con su habitual competencia emprende Marcano el estudio de la cara aborigen; verifica prueba de Antropología comparada y aporta cifras: 71,08 obtuvo como índice facial medio; 133 como anchura bizigomática, sin que el predominante crecimiento lateral de la cara implique ordinariedad de los huesos malares, pues que su delgadez, conjuntamente con la megasemia orbitaria, capaz de llegar a 102,70 son caracteres comunes a las tribus autóctonas de los valles de Aragua. Manifiesta el etnólogo que jamás el índice facial llega a la mesonemia; que 90,24 es la media inferior por él registrada.

Examinando el índice nasal, llega a la conclusión de que la raza criolla de Los Cerritos era leptorriniana (media 46,46), craneométricamente fronteriza con la mesorrinia. Anota la pequeñez de los cuadrados de la nariz, el modo angular obtuso de articularse, e indica los casos en que se observó la sinostosis.

Desafecto el etnólogo a confiar en simples apariencias (sabía cuán versátiles son las ilusiones ópticas), no admite sin previo

análisis el prognatismo evidente en los cráneos precolombinos. Invierte tanto tiempo como cuidado en la craneometría respectiva. Inspirado en el procedimiento de Manouvrier, toma como punto de referencia las medias de la proyección metópica, y el dato obtenido lo transforma en indicativo de la prominencia facial con relación al cerebro. A las operaciones antedichas siguió la averiguación de las proyecciones frontal, maxilar y sub-nasal.

Conozcamos el fruto de la descollante labor de craneometría. Marcano dice: “damos solamente las medias de las proyecciones y de los índices de los diferentes prognatismos:

	<b>Metópico</b>	<b>Frontal</b>	<b>Maxilar</b>	<b>Sub-nasal</b>
Proyección . . . . .	38.8	10	29.05	15
Índice . . . . .	36.49	74.63	42.02	59.09

Según estas cifras, nuestros cráneos precolombinos son los más prognáticos que conocemos. Sobre casi 2.000 cráneos que habíamos medido antes, no habíamos encontrado nunca cifras tan elevadas. Habíamos comprobado que, de todos los tipos humanos representados en el museo Broca, los neo-caledonios tienen el más fuerte prognatismo; pero los indios de Los Cerritos los exceden en mucho. Poniendo en paralelo las medidas de los neo-caledonios, hacemos palpable la enorme diferencia:

	<b>Metópico</b>	<b>Frontal</b>	<b>Maxilar</b>	<b>Sub-nasal</b>
Proyección . . . . .	30	16	9	14
Índice . . . . .	28.59	37.78	24.93	50.42

Se nota que la región maxilar es la que difiere más; en 2º lugar está la región frontal. La diferencia para el prognatismo metópico es de 7.90. Es interesante señalar que el prognatismo sub-nasal se aproxima mucho en los dos casos (diferencia 3,59)”.

Francos, muy definidos en los cráneos sus caracteres propios, eso simplificó mucho el descubrimiento de la pertenencia sexual de aquellos huesos. En cambio, las medidas craneanas en nada se beneficiaban de las facilidades ofrecidas por el aspecto de las cabezas, pues grande era el engorroso desacuerdo existente en las dimensiones. En términos generales Marcano advierte minoridad de curvas y de diámetros en los cráneos de mujer, excepción he-

cha de los diámetros estefánico y astérico, que sí eran mayores en las hembras.

Rasgos igualmente distintivos en la mujer precolombina fueron la braquicefalia (85.92) y la inferior capacidad craneal: 1.278. Contraste: índice occipital exagerado: 88.3.

Tras breve aludir a la mesorrinia y al prognatismo observado en la osamenta femenina, el etnólogo abrevia la disquisición, diciendo: "En lo que concierne a los dos cráneos de niños, nos contentaremos con recordar su fuerte braquicefalia (86,27-88,89)". Ni aun enfocando el aspecto braquicefalia cabría aventurar la interrogación de si pertenecieron a niñas aquellas cabezas, puesto que en el sexo masculino existe también la braquicefalia.

#### IV

#### E d a d

Lógico sería pensar que el estado de las suturas craneales orientara acerca de la edad de los sujetos cuyos huesos examinó Marcano. La ausencia de correlación (en los casos suyos) entre la sinostosis y otros aspectos anatómicos —el desarrollo de los dientes, por ejemplo—, impide atinar con la edad. La incógnita es asimismo favorecida por la marcha atípica de la sinostosis, cuya precocidad nótase unas veces a nivel del bregma, mientras que en otras la osificación iníciase en el terion. También desconcierta lo vario de la osificación, ora prematura, ora tardía. Aquellas y estas circunstancias contribuyen a enseñorear la incertidumbre en torno a la edad craneal aborigen.

A ratos eran un acertijo los osarios pretéritos. El etnólogo solía quedarse perplejo ante la irregularidad de la evolución dentaria en los esqueletos discriminados: en cráneos de apariencia juvenil (por el estado de las suturas), notó los alvéolos en regresión, y en otros absolutamente borrados. Contemplando la discreta insistencia de Marcano, cuando justifica la limitación del análisis antropológico en cuanto a fijar la edad de los esqueletos vernáculos, admira el lector aquella decorosa responsabilidad de quien repugna darse por vencido. El científico clásico busca con ahinco la exactitud. Ni derrotista ni terco, su divisa es la ecuanimidad.



## D e f o r m a c i o n e s . (1)

El material adquirido en las tumbas de Los Cerritos tiene el sello de la raza: la deformación craneal voluntaria. Indeleble, hasta nunca, diríase que el aborígen anheló la perdurabilidad distintiva, étnica. Justamente es el cráneo la porción anatómica que, dócil a un rito pagano, o preocupado de absurda coquetería, elige el indio para consumir allí el traumatismo deformista. En los despojos fúnebres prevalece inquietante, paradójica, la dualidad común de los símbolos. ¿Por qué y para qué la consuetudinaria deformación del cráneo? Obedezca a un incomprensible ideal de belleza, o bien sea el deformismo un emblema de fervor religioso, es lo cierto que en tan alto grado estimábase el aborígen, que su mayor empeño consistió en la conservación imperecedera de las cabezas embalsamadas. Los vasos funerarios, esmerados recipientes de las cabezas, en los túmulos y en las grutas, están diciéndonos cuán grande fué el desvelo de la raza en memoria de los cráneos momificados.

En las deformaciones era el frontal el más sufrido de los huesos, y la violenta compresión hacía que la frente, convexa, transformárase en cóncava. Ninguna otra anomalía notable en la bóveda y en la base del cráneo, a no ser que hagamos alusión al surco leve que, partiendo del punto bregmático, baja hasta las fosas temporales. Ociosa, o fanática, la mano dejó huella indeleble en las cabezas mancilladas.

Tanto en los cánones de los Concilios como en las disposiciones de la legislación laica se condenó el hábito de las deformaciones craneanas. En 1567 el Segundo Concilio de Lima (artículo 101) reprueba la costumbre indígena, y años después, con fecha 6 de noviembre de 1573, el Virrey de Toledo dijo así:

“Item, mando que ningún indio apriete las cabezas de las criaturas recién nacidas, como lo suelen hazer para hacerlas más largas, porque de haberlo hecho se les ha reciecido y recrece daño y vienen a morir dello”.

---

(1) Con las reservas condicionales del caso, redactamos el capítulo de las deformaciones craneanas, punto etnográfico aún no bien determinado.

Insistió sobre el asunto el Tercer Concilio Provincial Eclesiástico de Lima en 1583, como asimismo prohiben las deformaciones Cédulas Reales de 1585 y 1603. A escondidas, con todo el riesgo que significaba la barbarie de la Inquisición en auge, los indios persistieron en su absurdo empeño deformista.

Porque sería inoportuno el empeño de esclarecer qué objetivo alentó la raza aborigen, tan preocupada en la consecución del deformismo craneano, lo más discreto es limitarnos a evocar cómo eran traumatizadas las cabezas infantiles; circunscribirnos a sencilla remembranza, eludiendo la sugestiva labor de engolfarnos en la interpretación conjetural de las pintorescas leyendas a que ha dado lugar ese enigma constituido por la consigna indiana de la desfiguración ósea. Aquel cronista sin par, Garcilaso de La Vega (vivió de 1540 a 1616), descendiente de los Incas, Inca él mismo, dícenos como verificábase en el Perú milenario la deformación cefálica:

“deformavan las cabeças a los niños en nasciendo, poniéndoles vna tablilla en la frente, y otra en el colodrillo, y fe las apretavan de dia en día, hafta que eran de quatro, o cinco años, para que la cabeça quedafe ancha del vn lado al otro, y angosta de la frente al colodrillo, y no contentos de darles la anchuta que avian podido, trequilaban el cabello, que ai en la mollera, corona, y colodrillo, y dejavan lo de los lados; y aquellos cabellos tampoco avian de andar peinados, ni afentados, fino crepços, y levantados, por aumentar la monftruofidad de fus rostros” (1).

## VI

### Craneometría

Por de contado que la acción deformista deja sentir su efecto en la craneometría. Ejercida la compresión de adelante hacia atrás, necesariamente acortábanse los diámetros anteroposterior y vertical, mermando ambos en estas proporciones: de 179,5 a 173; y de 131 a 121.

---

(1) Garcilaso de La Vega.—“Comentarios Reales de los Incas”—Primera parte. Lib. IX — Cap. VIII. — Pág 312 — Edición de Madrid, 1723.

Mejor informado quedará el lector conociendo la propia disertación del eminente antropólogo; traduzcámosla pues, rindiéndole así el modesto homenaje de traer al castellano una página de su gran obra que, inexplicablemente, todavía permanece en francés. Que en este idioma escribiera Gaspar Marcano su libro mejor, sobreentiéndese y justifícase, porque ausente de ésta su patria desde la edad de 14 años, y definitivamente domiciliado desde entonces en París, su íntima familiarización con la lengua francesa facilitábale redactar sus trabajos en aquel idioma. Del texto original, copiamos:

“El máximum del diámetro basilo-bregmático es de 134; las cifras que siguen inmediatamente son: 130, 124, 122. Esta última corresponde al mínimum de los no deformados. Si consideramos que los cuatro números son los primeros del cuadro, es decir, que corresponden a cráneos tan incompletamente deformados, que muchos craneólogos no hubieran dudado en incluir en la serie de los cráneos normales, se deducirá fácilmente la importancia del acortamiento del diámetro vertical. La disminución del diámetro antero-posterior prueba que el cráneo no se ha desarrollado libremente atrás, donde, en otros términos, una contrapresión se ha opuesto a su desarrollo.

Todos los otros diámetros están aumentados; el transversal lo es tanto como el basilo-bregmático. Más no es preciso creer, acerca de la compensación que esta igualdad acarrea, que la disminución del antero-posterior hace al cráneo más pequeño, pues el diámetro transversal máximum no es sino una de las medidas transversales; y como los otros diámetros están aumentados, resulta que, sólo habiendo cambiado el orden de los factores, el producto no se ha modificado.

Las curvas craneanas van a suministrarnos nueva prueba. Las medias de la bóveda son más cortas. Su conjunto (occipito-frontal) desciende de 365 a 344. Solamente la sub-cerebral conserva casi sus dimensiones. La horizontal total, que mide 51,38 en los normales, sube a 523 en los deformados. La comparación de las dos porciones demuestra que la región post-auricular solamente se beneficia del aumento.

La pre-auricular, en efecto, no mide sino 22.17, cuando alcanza 228,4 en los cráneos normales. Agreguemos que si la frente

se achata de adelante hacia atrás, ella se abomba lateralmente, ya que los diámetros frontal inferior y esférico están sensiblemente aumentados. El carácter más notable nos es suministrado por la curva sub-auricular, que de 294,7 llega a 299. Este aumento era fácil de prever. Es el efecto de una doble causa: el aplastamiento vertical y el alargamiento lateral; porque el acortamiento del diámetro basilo-bregmático produciría una disminución de la región sub-auricular si el hinchamiento o abombamiento de las paredes laterales no viniera a compensar este efecto. El grado de aumento de la curva muestra que esta última modificación es superior en cantidad a la disminución vertical.

De este conjunto de hechos es preciso deducir que el cráneo tiende a redondearse al achatarse. El índice cefálico está por consiguiente aumentado de 80,22 a 88,83. La vertical ha disminuído de 72,99 a 68,74. Las relaciones entre los diámetros transversal y antero-posterior son los que ofrecen, fuertemente, las más grandes diferencias; también el índice transverso-vertical, de 91,38 desciende a 78,34".

Consecuente al deliberado propósito de exponer e interpretar, que esta era la actitud adecuada a la mentalidad descollante de Marcano, formula la conclusión de que el deformismo de las cabezas precolombinas, solamente afectaba la forma de los cráneos, pero jamás su capacidad, porque la reducción de algunas medidas era compensada por el desarrollo de otras. A simple y engañosa apariencia quedaba reducida la impresión de pequeñez que da en algunos casos el osario de Los Cerritos.

Acreditemos con cifras la exposición: 10 cráneos, no deformados, cubicaron 1.473 centímetros, mientras la capacidad de 11 deformados fué 1.467; pero el insignificante saldo de 6 centímetros cúbicos no equivale a nada, teniendo en cuenta que en 21 cráneos testigos en la disquisición, Marcano encuentra que la capacidad normal es 1.470 c. c.

Deseoso de precisar el grado de inclinación de la frente, el investigador confrontó la dificultad de que el punto máximo de la deformación variaba mucho en cuanto a localización individual. Marcano elude ese escollo: elige como punto básico el metópico, y de esta suerte verifica craneometría comparada en

ambas series. Ahonda en la búsqueda, y con la pericia y la constancia que siempre alentó el sabio fiel, logra saber cuán inclinada era la frente: “La media de esta proyección es 10 en los normales y 22 en los deformados (un poco más del doble)”.

El autor concluye diciendo que la deformación artificial de los cráneos repercute sobre la oblicuidad del frontal; que el desplazamiento de la frente determina, naturalmente, prognatismo; que la proyección e índice metópicos llegan al máximun en las cabezas desfiguradas, mientras el aumento es leve en los prognatismos sub-nasal y maxilar; que en las medidas faciales ocurren pequeñas modificaciones. En resumen, estudia a fondo los índices y diámetros de la cara.

## VII

### Maxilares

El estudio de las mandíbulas lo hace Marcano en 36 huesos originarios de las tribus que inhumaban en Los Cerritos. Observó en ellos la marcada elevación de la sínfisis maxilar, el largo y la anchura de las ramas, caracteres que contrastan con la altura y la distancia exigua apreciada entre los gonion. Como rasgo diferencial entre maxilares masculinos y femeninos, señala en los últimos su inferior tamaño y la mayor abertura del ángulo maxilar. Medidas obtenidas: 119 y 123 grados en 20 y en 7 maxilares de varones y de hembras, respectivamente.

En la redacción de esta “Sinopsis de Antropología Precolombina” suelen ocurrir inevitables digresiones que resultarían incongruentes a no ser que emanaran de la esencia y de la técnica de la monografía. Así decimos, ahora, en el trance ineludible de exponer cómo hubo de arreglárselas Marcano para zanjar el conflicto de clasificar qué maxilares pertenecieron a hombres y cuáles a mujeres. Porque bueno es conocer que sólo cinco mandíbulas no ofrecían ninguna duda respecto a su pertenencia sexual.

Hizo la diferenciación típica de los maxilares aplicando el método de Manouvrier, o sea el procedimiento basado en el peso comparativo de las mandíbulas; agrúpalas en serie gradual,

y suple con el peso correspondiente las piezas dentarias que faltan. La adopción de las pautas logradas en maduros estudios antropológicos permite al etnólogo indigenista positivos resultados. Marcano encuentra una diferencia de 19 gramos a favor de las quijadas masculinas, pues siendo 90 gramos el peso de éstas, los maxilares de mujer pesaban 80 gramos nomás.

En cuanto al índice cráneo-maxilar, el autor lo valora en 13,76. Termina estableciendo paralelo entre los cráneos normales y los desfigurados; equipara el índice observado en las tribus aragüeñas con el de las razas de indios mexicanos; y admite como índice cráneo-maxilar de la mujer precolombina de Los Cerritos la cifra de 12,58, inferior a lo observado en el género masculino.

## VIII

### **T r o n c o y m i e m b r o s**

Hombre de pequeña estatura fué el indígena de los valles de Aragua. Talla común: 1 metro 56. El criterio imparcial de Marcano denuncia y censura el error de quienes imaginan que el tamaño del individuo equivale a su grado de resistencia física. Ninguna apariencia tan engañosa como esa.

Infinidad de veces es defraudada la impresión favorable, el vigor excepcional que suponíamos en personas sencillamente juzgadas por su talla de granadero, y viceversa. Diríase, ante esos contrastes y rectificaciones consiguientes, que a través de los años hay todavía ocasión de evocar la fábula milenaria de David y Goliat.

Sin encallar en la intransigencia, porque bien sabía Marcano que toda idea, acción o procedimiento extremista es una línea curva, obligada a describir un círculo vicioso, placíale al antropólogo venezolano salirle al encuentro, en función de enmienda, a cuantos bastardearan la exactitud, y trabarse con ellos en porfía decisiva hasta que culminara la verdad inmutable. Del leal esmero que siempre alentó por el brillo de lo científicamente auténtico, Marcano tiene noble hoja de servicios en los estrados de las ciencias médicas. Sabemos que la exactitud fué norma ideal

en las lucubraciones del célebre cultor de la edad precolombina de Venezuela.

En cuenta de la peculiar actitud suya, compréndese mejor que el indigenista se encare a Roberston en la oportunidad de aseverar este autor (equivocado, según Marcano) la debilidad congénita de los autóctonos del hemisferio occidental. Severo, en estilo casi áspero, nuestro compatriota enróstrale a Roberston haber escrito “páginas ingeniosas, pero tan falsas como su punto de partida, pues confunde constantemente la fuerza con la talla”.

Procede Marcano a instruir el sumario científico del caso; trae a colación, con carácter de prueba, las huellas fuertes que las inserciones musculares grabaron en los huesos aborígenes; detalladamente revisa el esqueleto de los miembros, pero antes advierte: “Deseosos además de evitar toda causa de error en estas investigaciones anatómicas, preferimos formar una sola serie para cada hueso”.

## IX

### Clavículas. Húmeros. Cúbitos. Radios.

Examinó 7 clavículas y 21 húmeros; en éstos notó que la parte anterior de la corredera bicipital, muy desarrollada, sobresale en forma que atestigua el trabajo poderoso ejecutado por el pectoral mayor. Una a una da la medida, hasta el epicóndilo (método de Broca) de los húmeros derechos e izquierdos. Reporta como índice clavículo-humeral 52,48, derecho; 52,14, izquierdo.

El total de radios examinados fué de 23. A igual que los húmeros, los radios son asimismo livianos, aunque presentando en ciertas regiones vigoroso crecimiento. Da las medidas correspondientes a esos huesos. Respecto al cúbito encuentra razones que apoyan la tesis de que aun siendo gente de escasa corpulencia las tribus de Los Cerritos, sus huesos fueron de notoria solidez. Señala que la parte superior del cúbito se curva tanto que el pico del olécranon oriéntase en sentido desacostumbrado; apunta, además, la forma de gancho que caracteriza a la epífisis superior. Muchos de los rasgos del cúbito indígena guardan analogía con los caracteres que Broca identifica en el esqueleto de los antropoides.

## X

### Miembros inferiores

El profesor Marcano, habiendo observado el poco desarrollo de las extremidades inferiores, procura explicar la pequeñez del fémur, la tibia y el peroné, conjeturando que hubo escasa locomoción en las tribus vecinadas en la zona de Los Cerritos. Considera lo montañoso de la tierra en los valles de Caracas y de Aragua, pero insinúa que los aborígenes no estaban precisados a marchas continuas, y arguye que el suelo habitado ofrecía buenas llanuras. De ninguna manera trata Marcano de imponer su criterio, reflexivo de ordinario. Leyéndole con detenimiento cree uno encontrar la palinodia (si es que el indigenista se hubiese excedido o parcializado en su dictamen) en la primera oración de este párrafo:

“Cualquiera que sea la causa del hecho, no es menos real, pues que el esqueleto de los miembros superiores es mucho más robusto que el de los inferiores”.

## XI

### Fémures. Tibias. Peronés.

El etnólogo expone los caracteres anatómicos del fémur, describiéndolos desde la curvatura de la diáfisis y pequeñez de los cóndilos, hasta ocuparse de la longitud de los 27 huesos en que trabajó.

A continuación describe los caracteres anatómicos de las tibias exhumadas en la necrópolis de Los Cerritos; ocúpase del índice de la platicnemia: clasifica, mide, compara y deduce que las tibias del hombre precolombino de la consabida zona eran poco platicnémicas.

Habíamos entendido que el autor canceló el debate cuando dijo: “cualquiera que sea la causa del hecho”, etc. Pero vemos ahora que insiste en la validez del argumento, inspirado en la geografía física de los valles de Caracas y de Aragua. En tal sentido, dice: “Las razones topográficas que recordamos a propósito del fémur pueden ser invocadas aún para explicar, porque a pesar del paraje que habitaban, los indios de Aragua sólo tenían una platicnemia moderada”.



Antropológicamente admítase que la platicnemia, o sea el aplanamiento lateral de la tibia, rasgo anatómico tan frecuente en las razas prehistóricas, tiene por origen la locomoción forzada, las marchas de resistencia y otros aspectos locomotrices inherentes a los pueblos alpinistas, o que, habitantes de terrenos montañosos, los desplazamientos necesarios a su género de vida producen gran desarrollo de los músculos tibiales anteriores, influyendo esta causa somática en la morfología de la tibia.

De pocos peronés dispuso Marcano en la documentación osteológica relativa a Los Cerritos. Aunque exiguo el número de huesos, 3 peronés enteros y 15 pedazos, el antropólogo pudo llegar a conclusiones definidas, porque a la manera de Cuvier o de Broca, hubo en Marcano cerebración indagadora y deductiva. En los peronés examinados apunta el surco de la cara externa del hueso y la concomitancia de esto con la platicnemia.

Pasa de largo el etnólogo frente a los caracteres de los huesos del tarso, metatarso y falanges, porque el insignificante acopio de esos despojos humanos impídele imbuírse en estudio integral. Lo mismo respecto a costillas, esternón y vértebras, carcomidos por la acción de quién sabe cuantos años. Justo silencio que acredita la madurez de inteligencia con que trabajó su obra el doctor Gaspar Marcano.

Respecto al sacro (Marcano verificó laudable estudio en 13 de esos huesos), analiza los casos de sinostosis con el coxis; desecha la clasificación sexual de los sacros; admite que son elementos transitorios y por ende tienen variable morfología; disiente de las pautas de Bacarisse, sustituyéndolas con medidas propias.

En forma global, inconclusa, apenas hemos bosquejado en sus lineamientos esenciales la ardua labor llevada a cabo en el osario de Los Cerritos, por la sabiduría y consagración ejemplares de quien avanzó tanto en el esclarecimiento antropológico de la Venezuela aborigen. Con su desinteresada labor científica, Marcano ríndele filial homenaje a la tierra en que nació y de la que estuvo ausente por casi toda su vida. Ni la distancia ni los años lograron que en el alma de aquel venezolano ilustre se apagara el fuego de su afecto por la Patria, más amada cuanto más remota.

# Sarcófagos de Cerro de Luna y otros Hipogeos

## I

### Valorización

Una de las más disciplinadas labores etnográficas venezolanas fué la del doctor Gaspar Marcano, dedicado a estudios antropológicos y antropométricos en las osamentas precolombinas que su ilustre hermano Vicente Marcano, explorando los valles de Caracas y Aragua y las recónditas zonas guayanesas que baña el Orinoco, exhumara de la gruta secular ubicada en la montaña rocallosa conocida con el nombre de Cerro de Luna, y la caverna de Ipi-Ibcto, situada cerca de los picos de Uniana y Suricuana. Bien sabido es que la denominación inmemorial del primero de aquellos sepulcros o "mitoyes", obedece a que el macizo luce esculpida una media luna; el otro osario, Ipi-Iboto, probablemente cubil de jaguares o de distintas bestias, antes de ser convertida en hipogeo, significa en dialecto vernáculo "colina del animal aullador".

Admirables tesoros científicos suministran las tumbas indígenas, o "mitoyes", al naturalista que tuvo la dicha de tabular las exhumaciones que inspiráronle uno de los capítulos mejor logrados de la ciencia, pues la difícil misión civilizadora esclarece a cabalidad, mediante autorizadas disquisiciones de etnología, los caracteres comunes de la raza.

## II

### Sepulcros indígenas

Tuvieron siempre nuestros aborígenes la preocupación religiosa de que los huesos de sus deudos conserváranse indefinidamente, y a tal designio débese que eligieran como tumba las grutas naturales mejor protegidas contra el sol y la lluvia. Quizás una inconfesada creencia en la resurrección de la carne, aunada a la tradicional superstición humana sobre la influencia de los espíritus en los acontecimientos domésticos o nacionales, justifican los rudimentarios procedimientos de estos conglomerados primitivos, que, ajenos a toda correspondencia con el resto del mundo, manifestaron sentimiento análogo al que inspiró a incas y a egipcios, pueblos notablemente evolucionados, la momificación de los cadáveres, como que tal concepto filosófico persistió hasta en la luminosa conciencia de los romanos, quienes a pesar del criterio materialista de su jurisprudencia, adoraban a Lares y Penates.

El culto permanente de sus muertos hizo que las tribus de acá ingeniáranse procurando que los despojos humanos perduraran intactos hasta la consumación de los siglos. Ocurrido el fallecimiento, la familia india sepultaba provisionalmente al difunto, aguardando que la desintegración de los músculos, vísceras, cartílagos, ligamentos, dejara descarnado el esqueleto. Era entonces cuando el indio procedía al acondicionamiento definitivo de la osamenta. Ejecutábase la limpieza de los huesos mediante piedras provistas de aristas, propias para arrancar el resto de tejidos que la putrefacción no consumió íntegramente. El maquillaje fúnebre se practicaba con esmerada devoción. A la expresada limpieza seguía, como un rito ancestral, la pintura y el embalsamamiento.

Algunos esqueletos, blanqueados a fuerza de sol, dejábanse tal cual, mientras que otros eran teñidos con achote, onoto o caituco, sinónimos de la planta "Bixa orellana"; o también embalsamábanse los huesos con resinas de penetrante fragancia y, a modo de sudario, procedíase a envolver las osamentas en hojas de bananero. Esta faena del antepasado analfabeta hace recordar el

embalsamiento técnico en que las vendas untadas de colodión amortajan perdurablemente. En fin, listo el esqueleto en la forma conocida, servíale de urna un "mapire", nombre indígena de la bolsa tejida de fibra vegetal. En las paredes de la gruta, plena de oquedades, eran guardados los muertos, en tanto que las cenizas extraídas de los nichos eran depositadas en tinajas de arcilla cocida, decoradas en la forma imaginable que podía hacerlo el aborígen.

### III

#### Contenido de los sarcófagos

Observando los cráneos extraídos del "mitoye", el investigador puntualiza los rasgos diferenciales específicos: un grupo de cráneos llámale la atención por el aspecto blanquecino, indicativo del aseo de los huesos, mientras que —contraste de matiz— en otros cráneos todavía no habíase apagado el rojo de onoto, tradicional colorete en el acicalamiento de los esqueletos. Tal costumbre intrigó la curiosidad fecunda de Humboldt en su visita al osario de Atarupe, más allá de los raudales de Atures y Maipures.

El hallazgo de Cerro de Luna proporcionale a Marcano 100 cráneos: 52, 43 y 5, pertenecientes a hombres, mujeres y niños, respectivamente. Etnólogo de gran criterio, Marcano tuvo la prudencia de adoptar el sistema de la numeración de los cráneos examinados, decidido a sustraerse a influencias subjetivas que pudieran bastardear la investigación craneológica. Cuánta honestidad en el manejo de las osamentas! Selecciona 25 cráneos íntegros, a fin de que las medidas correspondientes permitiéranle hacer comparaciones específicas.

Por cierto que en el material elegido, la observación de algunas deformaciones craneanas (desechadas las superfluas) sugirieron a Marcano la conjetura de haber sido hecha adrede; pero chabacano el intento modelador, el antropólogo conceptúa tal deformación como testimonio de una costumbre en decadencia.

## IV

### B a l a n c e   a n a l í t i c o

Casi a la par están la braquicefalia y la dolicocefalia en el contingente osteológico de Cerro de Luna: 20 y 19 son las proporciones en que aparecen las características mencionadas.

En el lote de cráneos examinados, uno de los rasgos cefálicos más llamativos es la morfología de la frente, rectilínea en uno; repujada de prominencias ascendentes en otro, tales relieves hacen que el frontal luzca perpendicular con relación a los huesos parietales. Marcano estima que los rasgos apuntados significan, cuando más, variación individual.

Común el achatamiento frontal en los cráneos examinados, induce a la sospecha de un menguado desarrollo de los lóbulos frontales en el cerebro de aquellos indígenas. Otros de los elementos predominantes en los cráneos referidos es que la separación de las apófisis zigomáticas, cause la impresión de que las fosas temporales aparezcan más excavadas de lo que son en realidad.

En lo relativo a determinados puntos craneanos, señalase el poco relieve que ofrece de ordinario la glabella, visible apenas en la generalidad de las frentes aludidas, y casi inexistente en los demás. Observó el etnólogo cierta correlación entre el desarrollo de las arcadas superciliares y el de la glabella; apunta cómo armoniza el inion con la protuberancia occipital externa e insinúa que, en los huesos estudiados, la escama no concluye horizontalmente, sino en moderado declive. Asimismo señala el autor la elevación de la línea temporal, sobresaliente de ordinario, suele abolirse de improviso a nivel del stephanion, tal constata en la osamenta discriminada.

Ninguna particularidad respecto a suturas craneanas, pero la osificación de ellas da margen a esenciales consideraciones de Marcano sobre la sinostosis cefálica en el osario de Cerro de Luna. Metódicamente precisa cuál es el orden de aparición y cuál la frecuencia de los puntos osificantes; describe el trayecto observado en la obliteración y, coordinadas las adquisiciones básicas,

formula con lucidez, en pauta breve, el intrincado proceso de las soldaduras osteológicas. Con perfecto dominio de la técnica antropologista, demuestra cuántas veces la osificación comienza en la proximidad de la sutura frontoparietal o coronal, o sitúase cerca del obélion. Asimismo enumera el autor las ocasiones en que halla osificadas las suturas lambdoidea, occipito y frontoparietales. Compara la osificación craneal en algunas razas indoamericanas; destaca los caracteres que las identifican con gente de otras latitudes y, doctísimo en tales menesteres, concluye así: "No ocurre lo mismo con los cráneos de Cerro de Luna, tal acabamos de verlo. El carácter que los distingue de las razas superiores (auvernianos, bretones, saboyanos, parisienses, alemanes del sur) es que la obliteración, en lugar de pasar de la sagital a la lambdoidea y a la coronal, pasa de la sagital a la coronal y, por último, al lambda; pero en los dos casos, el obélion es el punto de partida".

Diserta ampliamente sobre los huesos vornianos, cuya presencia estima en la proporción de 10 %, pero esta cifra es inferior todavía respecto al hueso epactal o de los incas, pues su existencia limitase a 3 % en los cráneos requisados.

## V

### Capacidad craneana

Conjeturamos que algo menos del 50,5 de las cabezas en que Marcano trabajó, no estarían en condiciones favorables para valorársele su capacidad craneana. Insinuamos la hipótesis, en atención a que el antropólogo reporta la craneometría de 46 tipos nomás. Advierte que la técnica seguida fué la de Broca: aforo y cubicación. Resultado: 1.406 c. c. (capacidad ordinaria). Escala de fluctuaciones individuales: 1.155 a 1.625.

## VI

### Antropología facial

En la cara aborigen —armazón de rasgos netos— encuentra el estudioso cierta identidad facial que al momento inspírale

concienzuda apreciación: “Ya pequeña, ya grande, la cara conserva siempre una fisonomía uniforme”. Con habitual destreza, en una plumada describe las órbitas indígenas; los malares prominentes cuyas apófisis zigomáticas, angostas y curvilíneas, tanto influyen en el aspecto fisonómico; detalla el aplanamiento típico de la nariz y hace alusión del ribete final, peculiar a la raza india.

Sucintamente expone Marcano la variabilidad del prognatismo, tan sobresaliente en algunos maxilares cuanto moderado en otros y nulo en muchos. Ocupase de la morfología de los huesos propios de la nariz; fija el crecido porcentaje de su sinostosis e indica cuándo es incipiente la soldadura de los nasales. Y extráñase de que en las osamentas de Cerro de Luna raro es el cráneo que no aparece desdentado. Analiza las medidas obtenidas, y previa la comparación entre un lote de 25 cráneos y la totalidad de ellos, contempla el escabroso punto de las curvas cefálicas, arduo por la diversidad de las apreciaciones individuales. Marcano adopta la actitud ecléctica que en el caso concreto aconsejale la experiencia. A ese respecto (interpretación de las curvas craneanas) dice: “Lo que prueba su poca fijeza o exactitud y la importancia relativa que el craneologista debe atribuirle. Si fuera de otro modo, habríamos debido, por simples medidas lineales y con el número de cráneos de que disponemos, obtener cifras más constantes”.

Este razonable escepticismo contrasta con la opinión favorable que le merecen los diámetros e índices cefálicos cuyas diferencias, reducidas a fracciones, nada significan. Conozcamos las cifras que reporta:

“He aquí sus diferencias: frontal, 0.49; frontocigomático superior, 0.42; inferior, 0.33; vertical, 0.3; estefánico, 0.7; cefálico, 0.07; transverso-vertical, 0,5”. “La divergencia de los índices es algo mayor en la cara que en el cráneo. El facial difiere en 0.63; el nasal en 1.90; y el orbitario en 1.63”.

Buscándole explicación lógica a las diferencias observadas en su batería de cráneos, Marcano procede a examinarlos en formación lineal, y luego de reiterada contemplación, acomoda y desplaza las calaveras como si fuesen piezas de ajedrez, finalizando el investigador que los cráneos números 5 y 25 son acabado mo-

delo de disimilitud anatómica, tan acentuada y compleja que el antropólogo admite que esos cráneos engloban la pluralidad de los caracteres específicos repartidos en la colección. Vano resultaría el intento de fichar las cabezas en una sola clase, pues la ausencia de uniformidad impone el agruparlas en dos series distintas, que el craneólogo adopta y justifica airoosamente. Nada tiene en verdad de artificiosa la magistral clasificación craneana en dos tipos netos, seleccionados a base de los rasgos anatómicos preponderantes, a saber: elevación cráneo-facial; glabella y arcadas superciliares negativas; longitud y angostura de los huesos cuadrados de la nariz; megasemismo frontal y concomitancia de la altura naso-espinal con el prognatismo moderado. Dato complementario: convergencia en ángulo recto de los planos verticales de las apófisis cigomáticas, típicas por la delgadez y por el desplazamiento respectivo.

Conocidos estos caracteres antropológicos del primer grupo craneano, veamos ahora los inherentes a la segunda serie. Obsérvese constante y marcado aplanamiento cefálico; preponderancia glabellar; disminuída redondez de las órbitas, y orientación francamente curvilínea de las arcadas zigomáticas. Sobreentiéndese que en el reparto fundamental excluyéronse los cráneos que por su morfología ambigua bien podría agrupárseles, indistintamente, en cualquiera de ambas series. Responsabilizado con la trascendencia de su labor, Marcano procede, como de ordinario, en forma técnica:

“Los caracteres de simple fisonomía no pueden bastarnos. Si los dos tipos precedentes son reales, debemos determinarlos numéricamente, tomando por separado sus medidas y comparándolas entre sí. El primer efecto de esta operación ha sido rectificar algunas apreciaciones erróneas del ojo. Es así que el primer tipo nos parecería más dolicocefalo, cuando los índices cefálicos de las dos series son sensiblemente los mismos. Nos parecía también más leptorriniano cuando lo era menos.

He aquí las diferencias que se obtienen por la comparación de los índices:



	1ª Serie	2ª Serie
Cefálico . . . . .	79.33	79.54
Vertical . . . . .	72.21	71.21
Transverso-vertical . . . . .	91.72	86.63
Frontal . . . . .	68.25	68.40
Estefánico . . . . .	86.54	85.92
Frontal zigomático inferior . . . . .	71.60	71.49
Frontal zigomático superior . . . . .	83.12	83.59"

## VII

### Enseñanzas

Confrontando estos índices encuéntrase que la diferencia en el vertical pasa del doble en el transverso-vertical. Corolario: la altura de la cabeza rige la modificación de los índices. En apoyo de lo dicho militan las cifras obtenidas en la comparación de los diámetros cefálicos, salvo el basilo-bregmático que sí aporta notable diferencia.

Continuamente preocupado por la exactitud en la medida, clave de su labor a la vez que guía infalible de honradas comparaciones deductivas, Marcano insiste en respaldar con números los conceptos emitidos, las interpretaciones definitivas. Ello es laudable regla de disciplina científica, pues por la trascendencia de la original faena, entraña una responsabilidad tanto mayor cuanto que alienta el propósito de esclarecer fijamente los caracteres, el desarrollo y la evolución de la raza aborígen de Venezuela. Fiel a su procedimiento, reafirma las disquisiciones con inmejorables argumentos. Escuchémosle:

“La importancia de estas cifras es capital, pues si la diferencia de las alturas fuese el resultado de un acomodo fortuito, su influencia debería hacerse sentir sobre todos los otros diámetros, los cuales permanecen invariables. Recordemos que las medias faciales de nuestro cuadro difieren apenas de las totales. En nuestras dos series de cráneos utilizados, encontramos la misma concordancia en las dimensiones y en la forma, cuando ellas no dependen de la altura, lo que equivale a decir que, cualquiera que sea el grupo de los cráneos, las medias permanecen invariables,

excepto la correspondiente a las aturas. Los índices de la cara, comparados entre sí, dan:

	<b>1ª Serie</b>	<b>2ª Serie</b>
Facial . . . . .	68.04	66.67
Nasal . . . . .	50.74	48.89
Orbital . . . . .	91.39	90.06"

Tres enseñanzas antropológicas emanan de la tabulación anterior: a) el platirrinismo; b) la megasemia; c) insospechada diferencia de los índices faciales. Anatómico perspicaz, Marcano arriba a la conclusión de que no obstante existir la diferencia de 1.37 en favor del segundo grupo cefálico, sucede que, ilusionada la vista por la altura del cráneo, cualquiera incurre en error de apreciación. Enterados de cómo impedir el equivocarnos, diríase que la sencillez de la pauta establecida brota espontáneamente, más en realidad su transparencia deriva de la sabiduría que la originó, porque sin ella jamás hubiera iluminado a perfección el laberinto del osario de Cerro de Luna. A base de la altura craneana realiza Marcano su trabajo famoso. Valiéndose de la ordenación metódica y clasificación de los diámetros, y fijadas previamente las cifras del caso, entonces divide por igual las series craneales, eligiendo de la operación las cantidades medias. En virtud del consabido procedimiento técnico, el autor obtiene “nueva prueba de la poca influencia que la altura del cráneo ejerce sobre la de la cara”. Fruto de sus lucubraciones atinadas es el dictamen de la variación específica del índice facial medio: 67.70 en la primera sección; y 67.67 en la segunda.

El examen antropológico, especializado después a la zona nasal, armoniza en los resultados finales con los datos prevalentes: “La longitud de la nariz en los cráneos altos es de 52, y de 51.8 en los cráneos bajos (diferencia 0.2). Los índices dan una diferencia de 2.12 (primera, 50.38; segunda, 48.26). Esta diferencia demuestra que las anchuras nasales se modifican en los casos precedentes más que las longitudinales”.

### VIII

### C r a n e o l o g í a

Persistente en su vocación estudiosa, anima al sabio el incentivo de ampliar la tarea científica, y al efecto conjetura que la

morfología de la bóveda craneana sea correlativa a la elevación craneal. Escudriña él cómo varían los índices cefálicos; confiesa que la exactitud no correspondió a la hipótesis, y con la modestia que da el convencimiento del propio valer, reporta sin ambages su designio frustrado. La egolatría jamás parasita a hombres de la cerebración luminosa de Gaspar Marcano, biólogo, pensador de excelente estirpe.

El investigador ahonda en el estudio pormenorizado de los diámetros craneanos; fija en ambas series la media del antero-posterior; pone en claro interesantísimas determinaciones craneométricas, y abundoso en detalles, acción que no es alarde sino esmero, formula la síntesis bilateral de que si en los tipos examinados “distínguense por las relaciones relativas de los diámetros”, precisa la variabilidad predominante de la altura, y advierte: “La uniformidad de este cambio es tal que los índices correspondientes se modifican poco”.

A estas alturas la investigación, el antropólogo confronta un grave problema de interpretación. No lo esquiva; avanza en la búsqueda de cómo resolverlo, y se abstiene de achacarle las diferencias craneométricas a rasgos étnicos, limitándose a insinuar la hipótesis de que si el mayor tamaño de la cabeza no dependerá más bien de una variación individual de la talla. Discreto, asoma tal sospecha en inquietante interrogación. En seguida adhiere su parecer a la hipótesis del factor talla, y esta adhesión se basa en la homogenidad del conglomerado indoamericano, cuyos distintos apenas limitanse a la estatura. En pro de la talla espigada de la gente a que perteneció la primera serie de cabezas, invoca Marcano el índice cráneo-cerebral (“relación centesimal entre el peso y la capacidad del cráneo”).

Mediante los índices cefálicos, el pensador refuerza el argumento y, autorizado por las cifras craneométricas, establece que, aun admitida la dualidad de razas, remota y problemática, en las osamentas analizadas, los grupos étnicos compenetráronse tan íntimamente, fusionáronse de tal suerte a través de las generaciones, que, borradas en el osario las huellas ancestrales, desapareció en absoluto la posibilidad de identificar, por separado, las razas originales. Sólo el hallazgo de huesos testigos en los sepulcros circunvecinos al de Cerro de Luna, quizás podría dar, me-

diante la comparación de los esqueletos, alguna luz sobre la identidad de las razas autóctonas.

## IX

### Cráneos masculinos y femeninos

En el estudio de los cráneos masculinos, Marcano revisa, a la ligera, la deformación de las cabezas indígenas y se abstiene de establecer paralelo analítico entre los cráneos normales y los deformados, por carecer de material suficiente para efectuar comparaciones y deducir enseñanzas perdurables. Científico auténtico, desdeña las actividades inacabadas, y, en el caso concreto, prefiere sólo consignar las deformaciones que evidenció: aplanamiento del frontal; depresión retrobregmática de la bóveda; proyección del occipital.

Livianos, gráciles, leves las protuberancias óseas, 43 cráneos de mujeres integran la colección estudiada por el Profesor Marcano. En presencia de estas cabezas, típicamente femeninas, desaparecen las dudas que en los comienzos de su trabajo asaltan al autor en la clasificación sexual de los huesos. Ahora, la certidumbre absoluta anímalo en su labor. Excluye los cráneos deformados y procede a confrontar con los masculinos los 31 restantes. He aquí las conclusiones:

- a) diferencia de 64, 1 en favor de las cabezas masculinas;
- b) capacidad craneana menor (1, 21);
- c) diámetro vertical más corto.

Punto capital en la desvelada labor de nuestro compatriota es que del paralelismo de los cráneos obtiene, amén de otras, las enseñanzas siguientes: menor peso, inferior capacidad y mayor braquicefalia en las cabezas femeninas.

Aunque el antropologista halló que en algunas de estas calaveras eran inconfundibles los rasgos anatómicos típicos del sexo, excúsase de organizarlas en series, como lo hiciera con las de varones, pero 31 cráneos de hembras no bastaríanle para el logro de su clasificación. El decoro, la ética del investigador, da a conocer los escollos vigentes: "La selección sería más difícil, ade-

más, porque estando todo atenuado en la mujer, la clasificación se haría imposible”.

Insiste en que las medidas de la cara y el cráneo femeninos están por debajo de las observadas en cabezas masculinas; destaca la salvedad relativa al índice nasal (diferencia 2,98) y recalca: “La nariz femenina es más platirrina”. El etnólogo puntualiza otros rasgos nasales de menor cuantía, y como si presintiera fatiga o hastío en la atención del lector, apresúrase a sostener, a cautivar el interés por el tema, intervención óptima como la del laboratorista cuando aviva sus cultivos bacterianos.

Acertadísimo, Marcano reactiva el mérito de la disertación y contempla el modo de osificarse las suturas en los cráneos femeninos. Con punto de partida y de apoyo en su repertorio osteológico, enumera las veces en que la sinostosis fronto-parietal localizase a la zona bregmática, al terion y al obelion. Didáctica encuesta, favorecida por numerosos ejemplos. Síntesis: “Resulta que la obliteración comienza por la sutura coronal, ora en el medio, ya en los alrededores del terion, y consecutivamente el obelion es invadido sin que haya continuidad del proceso. Un sólo cráneo exceptuase de esta regla, el N<sup>o</sup> 24, donde el comienzo es parecido al de los masculinos”.

Parecido, ha dicho; pero el antropólogo despliega excepcionales dotes inquisitivas, y a renglón seguido clasifica la pertenencia femenina de ese cráneo: descúbrele mínimo e incipiente punto de osificación al nivel del obelion. Incólumes las demás suturas. Aquello y esto proporcionanle al sabio cómo matricular el cráneo atípico. El talento, aliado a la voluntad y al método, vislumbra, persevera, alcanza.

En la incursión indagatoria de las sinostosis craneales femeninas, no es detenido por el inconveniente de ser cráneos adultos todos los examinados; no disponía de otros. Previsivo, contesta de antemano a la eventual objeción de que eran pocos sus cráneos. Replica con lucimiento: “la misma fórmula de osificación se encuentra en la gente que estudiaremos en el próximo capítulo, esta es la regla en las tribus precolombinas de los raudales del Orinoco”.

Conceptúa como estigma de inferioridad el curso seguido por la obliteración de las suturas en los cráneos de mujer; identifica la susodicha sinostosis con las conclusiones fijadas por Ribbe; destaca la frecuencia de los huesos vornianos (12 veces en 43 cabezas); encuentra los astéricos en 10 cráneos, 7 huesos a derecha e izquierda, respectivamente; 7 téricos; advierte la pequeñez de los vornianos lambdoideos, sin decir el número de ellos; manifiesta, por último, que solamente halló el hueso de los incas en un cráneo. De gran diámetro el epactal encontrado.

## X

### Deformación de los cráneos femeninos (1)

Estamos frente a uno de los aspectos más apasionantes de la osteología aborigen. ¿Qué concepto tendría el indígena de la belleza? ¿A cuáles traumatismos, a que mortificaciones brutales sometieron las hembras autóctonas sus cabezas con tal de obtener la deformación del cráneo? Cuando pensamos en lo bárbaro que sería la ortopedia vernácula, admiramos, tanto como la ductilidad de los cráneos infantiles, el que pudieran soportar el dolor físico del maltrato deformante. Pensad en que no sería el aborigen un virtuoso en anatomía estética. Seguramente el "Piache", curandero sacerdotal de la tribu, encargaría de torturar la frente púber. A despecho de la maleabilidad de los huesos tiernos, inofensivos, preciso es convenir en que el cintillo brutal si no mortificaba con la ferocidad del casco de Colometti, en "Tosca", de todas maneras sí lastimaría en forma cruel, algo similar, si bien menos intensa que en la tragedia de Sardou.

Expresa Marcano, que desde un principio notó la exagerada frecuencia de las deformidades en los cráneos de mujer, y agrega: "Estas deformaciones, además muy incompletas, consisten en un achatamiento frontal lateral de adelante a atrás, que no llega nunca a modificar la totalidad de la frente. Parecería que han sido producidas por una planchita torpemente colocada y habiendo resbalado hacia uno de los costados.

---

(1) Ratificamos la advertencia concerniente a la inseguridad relativa a la interpretación etnológica de las deformaciones craneanas aborígenes.

La frente es en efecto, oblicua a derecha e izquierda y en ella no se halla, como en los cráneos de Los Cerritos, el plan decisivo, firme la habilidad manual que producía siempre los mismos efectos. Asimismo no se encuentran deformaciones semejantes”.

Por cierto que el deformismo cefálico, la asimetría y el embrollamiento absurdo originado en los huesos, dificultaría el análisis anatómico en la gente precolombina. Suerte hubo en que llegase a ser dueño de las osamentas el versadísimo antropólogo. Place admirar la soltura y el tino con que inquiere los misterios de la bóveda y la base craneanas: un diámetro, una forma, un punto, revélanle los secretos milenarios de la raza madre; esta sutura, aquella protuberancia, tal línea, elocuentes con el taumaturgo de la osteología precolombina, dictanle los capítulos humanos de la Historia étnica que dejó inconclusa. Inédito el mejor de los destellos! Viene al caso la reminiscencia inspirada en la lectura de la página en que el Profesor escudriña las deformaciones craneanas y formula los conceptos definitivos. Al disertar auna el laconismo y lo meduloso. Desglosemos en su honor el testimonio puro: “Todas las dimensiones de la cara están aumentadas en la serie de los deformados, y como es inadmisibles que eso sea debido a una maniobra artificial, es preciso suponer que, por uno de esos azares de la craneología, en la pequeña serie de doce cabezas, fuesen más fuertes unas que otras”.

Finaliza su doctísima reseña craneofacial de la mujer indígena, consignando que los índices demuestran mayor alargamiento de la frente en los cráneos deformes. La diferencia es 1.88.

## XI

### Disertación final

Desafortunado estuvo Marcano en la consecución de esqueletos completos. Escasamente pudo acopiar uno que otro hueso del tronco y los miembros. La colección, rica en cráneos, fué en lo demás pobrísima. El revés truncó el plan fecundo del etnólogo, impedido de dar a conocer la columna vertebral, la clavícula, el sacro.

Crecen el interés y la admiración por la obra, a medida que se prospera en el conocimiento de la austeridad ejemplar del sabio. Jamás detiénese exprofeso a reiterar su altísimo concepto de la exactitud científica, ni a probarnos, adrede, que era ajeno a todo sectarismo. Su innato señoría desconocía el alarde y la intransigencia. Inmejorable es la impresión del lector al contemplar cómo en las lucubraciones Marcano nunca da paso en falso. Recuérdase que aun habiendo asomado la hipótesis de relación entre el cráneo y la estatura del indígena de Cerro de Luna, el etnólogo no encalla en pasión banderiza. En el examen de los huesos largos da nueva prueba de su imparcialidad:

“En general, esos huesos son delgados y las superficies de inserción poco marcadas. Algunos, al contrario, se hacen notar por sus fuertes proporciones, pero se hallan en muy pequeño número para que podamos encontrar la solución a la cuestión de talla, que hemos insinuado a propósito de los tipos craneológicos”.

Concluye su brillante exposición de la osamenta, dedicándole concienzudo examen a los cmóplatos, húmeros, cúbitos, radios, fémures, tibias y peronés; longitud, peso, diámetro, índice, todo lo esclarece y divulga el científico cuya celebridad internacional es patrimonio y blasón de las letras médicas venezolanas. Justicia es mencionar la previsión del civilizador, cuando inquieto ante la suerte definitiva de las osamentas precolombinas de Cerro de Luna, regálale al Museo Broca de París el invalorable tesoro. La colección ósea lleva el nombre de Gaspar Marcano. Digno de la lumbrera el homenaje. Bien están allí, en el santuario universal de la Antropología, a los auspicios de la memoria gloriosa de Broca, los despojos centenarios de la gente primitiva de Venezuela. Yazgan eternamente junto al Sena los huesos de quienes antaño poblaron la cuenca del Orinoco.



# Jornadas de Etnografía Comparativa

## I

### Grutas fúnebres de Cucurital

Cucurital es un peñón aislado por la turbulencia del raudal de Atures. Ninguno de los otros cementerios aborígenes, incursionados por Vicente Marcano, iguala en su exótica topografía a las grutas de Cucurital, donde sólo se arriba por avenidas fluviales. Antes que Marcano las explorara, Creveaux (1) había visitado uno de los osarios aludidos y seleccionó 19 osamentas, guardadas unas en su cerámica respectiva, mientras que los esqueletos de indios guahibos permanecían amortajados en fundas de palmas tejidas, sudario predilecto de aquella tribu. Vicente pisó las huellas de su estudioso antecesor, pero avanzó más que él y llegó hasta la inexplorada gruta de arriba. Gaspar anota complacido:

“Recibimos 6 cráneos masculinos, 9 femeninos y 4 de niños. Reunidos a los de Creveaux, actualmente en el Museo de Histo-

---

(1) Fué una vida plena de inquietud y abnegación la de Julio Nicolás Creveaux, 1847-1882. Médico militar sirvió a Francia en la guerra de 1870. En la línea de fuego dió pruebas de heroísmo. Incorporado después a la marina, acopió en los viajes observaciones clínicas para su libro "Hematurie chyleuse et graisse des pays chaudes", escrito en 1873.

Tesoneras y audaces exploraciones familiarizaron al naturalista con los montes guayaneses y con el desorden de los brazos y afluentes del Amazonas, Orinoco, Magdalena y Guaviare. A su tránsito por la gruta fúnebre de Cucurital, además de los huesos adquiridos, quedaron seleccionadas por Creveaux otras osamentas aborígenes. Nunca volvió a recogerlas. A orillas del Pilcomayo lo asesinaron las tribus salvajes mientras exploraba a Bolivia.

ria Natural, constituimos una serie de 47 cráneos, de ellos 14 masculinos, 27 femeninos y 6 no adultos”.

En concepto de Marcano, los hallazgos de Cucurital son inferiores a los de Cerro de Luna e Ipi-Ibotó, “pues si en verdad había huesos de antes de la conquista, también los había modernos”.

El antropólogo hace luego el análisis comparativo de los restos exhumados en las distintas grutas; precisa los rasgos de semejanza y los diferenciales, y observa que el prognatismo, leve en conjunto, es más acentuado en la mujer que en el hombre. En cuanto a deformaciones dice:

“Un solo cráneo está deformado, el de la mujer, que hemos inscrito aparte. La frente ofrece un aplanamiento muy irregular, análogo a los que observamos en Cerro de Luna, además el agujero occipital está desviado a la derecha y hacia atrás, y la apófisis mastoide izquierda, muy pequeña, es asimétrica. Entre los de niños hay uno de 18 meses, deformado. El frontal achatado como el del caso anterior; se le apercibe un surco entre las fosas occipitales superiores e inferiores, que parece haber sido trazado por una ligadura circular”.

Casualidad o costumbre, es lo cierto que la mayoría de las veces son las cabezas femeninas las deformadas, y tal frecuencia induce un poco a suponer que la deformación intencional obedeciera a un propósito de distinción (¿estético?) que en verdad no parece embellecer sino afeer a las hembras de la tribu. Pero a la distancia de siglos interpuestos entre la época contemplada y esta en que escribimos a la luz de nuestros hábitos, educación e ideales civilizados, mal podríamos censurar o aplaudir las costumbres, los sentimientos o las ilusiones de la raza precolombina.

Con miras deductivas establece Marcano paralelos entre la diversidad de cráneos examinados; asienta que la fortaleza y un mayor desarrollo cefálico son peculiares a los de Cucurital, y estima ventajosamente la estatura de aquellos indígenas. Asimismo apunta:

“La capacidad craneana es también más grande. En las mujeres (de Cucurital) todas las dimensiones son más fuertes que en las de Cerro de Luna, en particular el frontal inferior, el estefá-

nico y el astérico. El índice cefálico de los hombres (77.42) se acerca más a Ipi-Iboto (77.56) que a Cerro de Luna (79.39).

Observa la dolicocefalia en la generalidad de los casos. En los de las grutas de Cucurital apareció poco el tipo braquicéfalo. Como rasgo diferencial entre los cráneos de ambos sexos, señala:

“En Cucurital, como en las otras grutas, las mujeres tienen la cabeza más redonda que los hombres. Sus índices cefálicos se descomponen así: 1 dolicocefalo, 5 subdolicocefalo, 10 mesaticéfalos, 8 subbraquicéfalos, 2 braquicéfalos”.

Terminada la relación de lo encontrado en los sepulcros de Cucurital, Marcano revisa lo procedente de otros sarcófagos. El aporte de “Cerro de los Muertos” sugierele mordaz comentario: “A pesar del nombre, sólo contiene un esqueleto de mujer, casi entero”.

Los osarios de Punta de Cerro e Isla de Tapurero proporcionaron escaso material antropológico.

## II

### **Cráneos goajiros**

Tras de aludir a 5 cráneos goajiros que examinara Ernest y 15 Virchow, dedícase Marcano a estudiar los de su colección:

“Nuestra serie se compone también de 10 hombres, 9 mujeres y 8 niños”. “Estos cráneos presentan grandes diferencias sexuales en cuanto a volumen, peso y caracteres morfológicos. Sucede lo mismo con la capacidad, cuyas oscilaciones son, además, muy grandes en el mismo sexo. Este hecho admira a Virchow. Lo hemos encontrado constantemente en todas las series precolombinas que hemos estudiado, aunque sea en realidad más notable entre los goajiros”.

Marcano describe los pormenores craneométricos de las series estudiadas y precisa la discordancia que hay entre los índices faciales reportados por Virchow (en indígenas oriundos de Río Hacha) y los índices correspondientes a goajiros venezolanos, a saber: 85 y 81 para los fluminenses colombianos, cráneos mascu-

linos y femeninos, respectivamente: 66 y 64 para los del lado acá de de la frontera. El autor explica la discrepancia en el índice facial, atribuyéndola al método. Observó la técnica de Broca.

Juzgamos de excepcional interés, por cuanto contribuye a fijar caracteres étnicos específicos, estos conceptos del ingenista venezolano:

“Hemos encontrado, hasta aquí, que los más braquicéfalos eran los de los valles septentrionales; los goajiros lo son todavía más. ¿Es qué hay un acercamiento por establecer entre los precolombinos de las dos regiones, desde el punto de vista craneológico? Evidentemente no, pues caracteres de un valor capital los alejan. Sin hablar de la ausencia completa de deformaciones en los goajiros y otros caracteres cuya enumeración nos conduciría demasiado lejos, la capacidad craneana bastaría por sí sola. Hemos visto que la más pequeña capacidad es la de Ipi-Iboto, y sin embargo, la de los goajiros es inferior”.

Tampoco es menos aleccionador Marcano cuando parangona los restos humanos de Ipi-Iboto con los goajiros:

“Si agregamos que los cráneos de los goajiros son más grandes y pesados que los encontrados en esta gruta, podemos concluir que su desarrollo cerebral es menos que en la otras tribus aborígenes”.

### III

#### **Aborígenes cuicas y timotes**

Gaspar Marcano casi no tuvo a su alcance elementos osteológicos de estas razas. Tal desfavorable circunstancia limita a breve capítulo las disquisiciones antropométricas. Si la actividad, obstaculizada, de Vicente Marcano hubiese escrutado los nichos fúnebres o “mitoyes” que guarecen los huesos de las tribus parameñas, gran copia de reliquias autóctonas habría descubierto. La ausencia de protección oficial atajó los pasos fecundos del explorador.

De la exposición antropológica de Marcano extractamos lo siguiente:

“El cráneo de Mucuchíes se ha vuelto completamente negro al contacto de las cenizas, y sus paredes, muy frágiles, han perdido la escama del temporal izquierdo, fragmentos del occipital y del parietal del mismo lado. No hemos podido, por consiguiente, cubicarlo. Su aspecto es absolutamente rudo; no hemos encontrado todavía uno de configuración análoga. La glabella es enorme; sobre los lados existe un hueco que permite ver el interior del seno frontal. La separación que forma este último comienza bajo el diámetro frontal mínimo, y como su cavidad está en relación con la protuberancia de la glabella, resulta de allí que es muy grande y muy corta de arriba abajo. La frente es muy estrecha y huída, y su conformación es excepcional.

Las arcadas superciliares son muy salientes; los bordes laterales del frontal presentan una curva muy acentuada, de donde resulta que el diámetro frontal mínimo está situado muy alto. El frontal inferior, que pasa por el ofrion, se encuentra a 6 milímetros debajo del mínimo. Sabido es que estos dos diámetros se corresponden en las razas europeas. Los hemos encontrado diferentes en la mayoría de los cráneos precolombinos de Venezuela, pero nunca la distancia que los separa es tan grande como en el caso actual.

Este cráneo es todavía excepcional por su índice cefálico, pues es el más dolicocefalo que hayamos encontrado (70.7). Su diámetro vertical es mayor que el transversal; el índice transversal-vertical es de los más grandes que hayan podido observarse (100.7). Su prognatismo es también muy acentuado”.

Ajenos a pensar que en la síntesis analítica de las excavaciones etnográficas y estudios antropológicos de los Marcano, destacáramos en su natural grandeza científica la obra de ellos, réstanos decir que nuestra “Sinopsis de Antropología Precolombina” no es más que un modesto ensayo de divulgación; pero tampoco es menos que punto de apoyo al homenaje de justicia a que son merecedores Vicente y Gaspar Marcano. En honor de su faena augusta diríase escrita la estrofa de Rubén Darío en el canto “Tutecotzimi”:

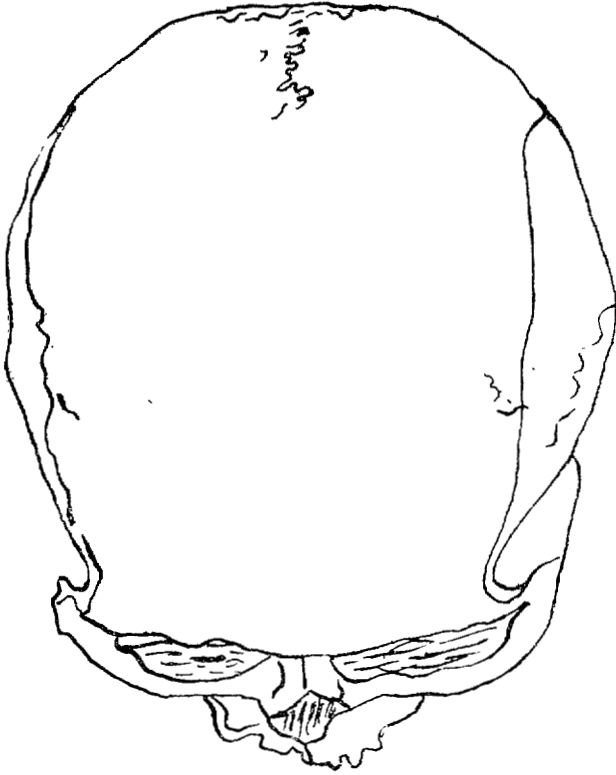
“Al cavar en el suelo de la ciudad antigua,  
La metálica punta de mi piqueta choca  
Con una joya de oro, una labrada roca,  
Una flecha, un fetiche, un dios de forma ambigua,  
O los muros enormes de un templo. Mi piqueta  
Trabaja en el terreno de la América ignota”.



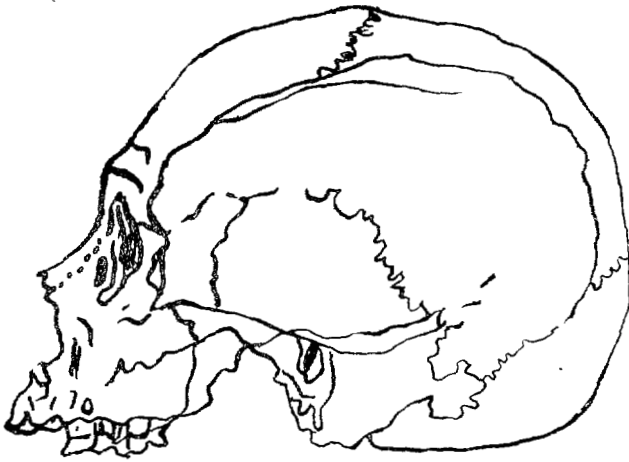


**Los Cerritos. — Fig. 1. — Tipo primero. — Cráneo demostrativo de un mayor desarrollo transversal y de diámetro vertical menor que en el segundo tipo.**

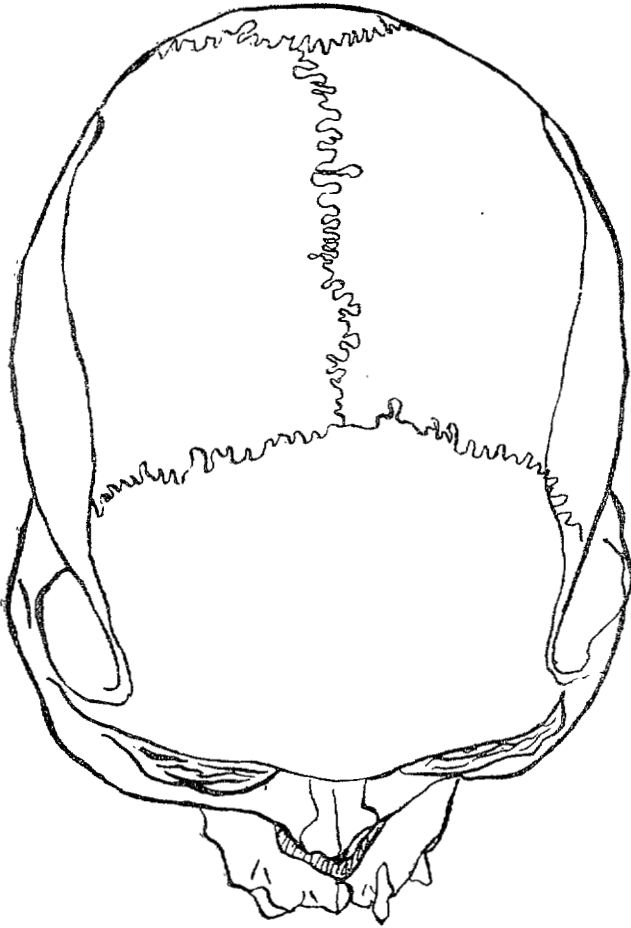




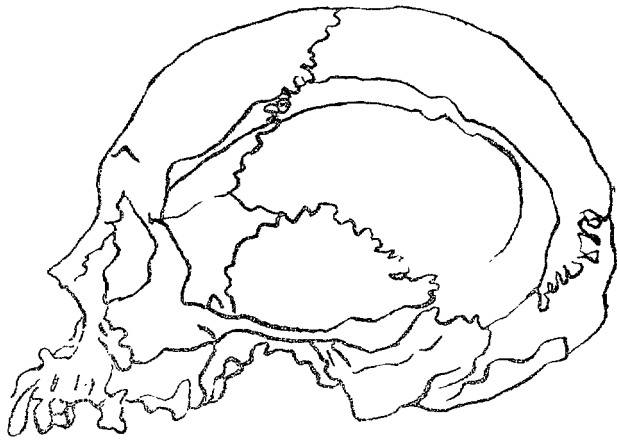
**Los Cerritos. — Fig. 2. — Tipo primero. — Cráneo demostrativo de un mayor desarrollo transversal y de diámetro vertical menor que el segundo tipo.**



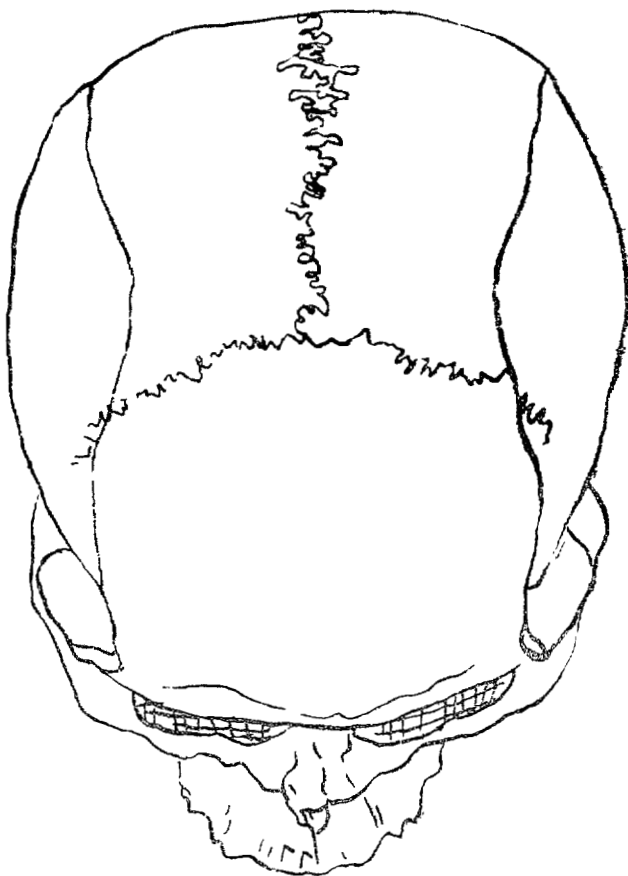
Los Cerritos. — Fig. 3. — Tipo segundo. — Cráneo braquicéfalo, índice vertical y transverso-vertical menores.



Los Cerritos. — Fig. 4. — Tipo segundo. — Cráneo braquicéfalo, índice vertical y transverso-vertical menores.



Los Cerritos. — Fig. 5. — Cráneo ejemplo de tipo mixto.

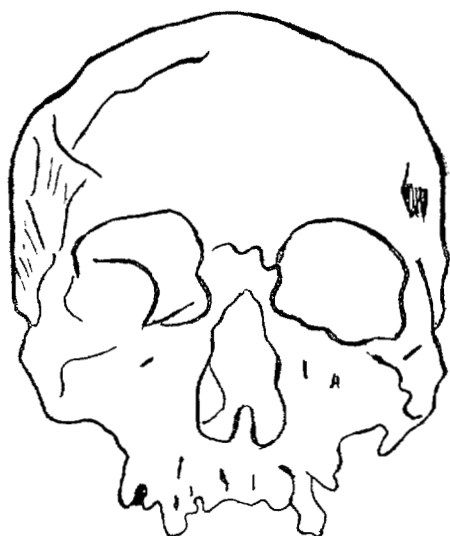


Los Cerritos. — Fig. 6. — Cráneo ejemplo de tipo mixto.

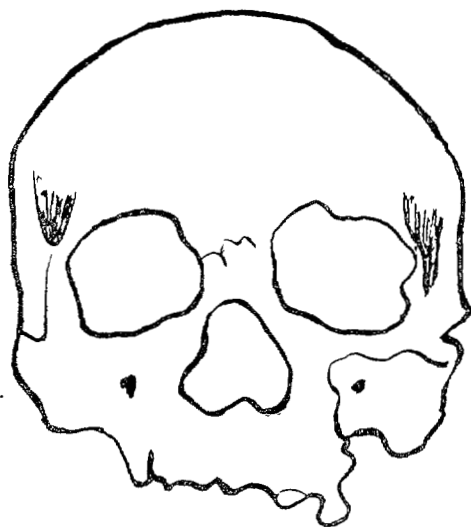


Los Cerritos. — Fig. 7. — Cráneo eminentemente deformado.



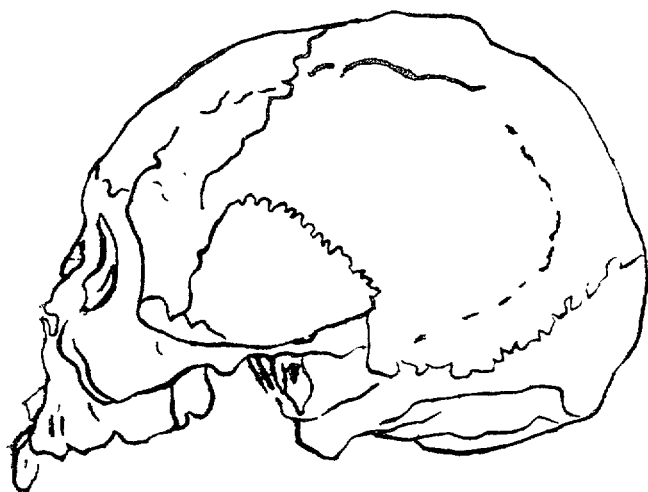


Orinoco. —Fig. 1. — Cabeza demostrativa de los caracteres secundarios de las tribus.

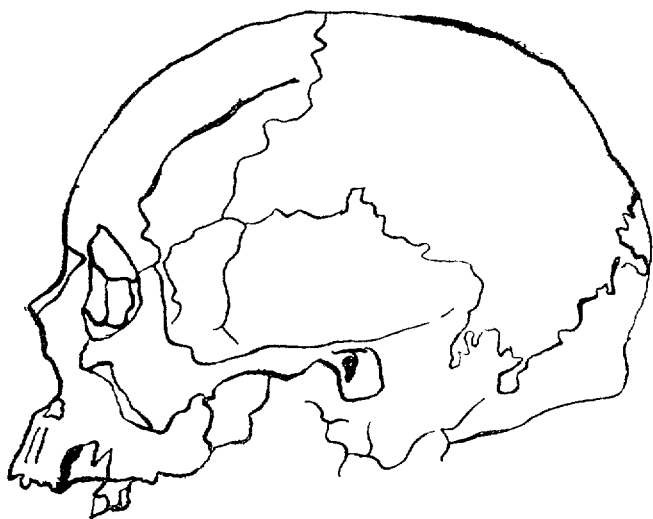


Orinoco. — Fig. 2. — Cabeza demostrativa de los caracteres secundarios de las tribus.

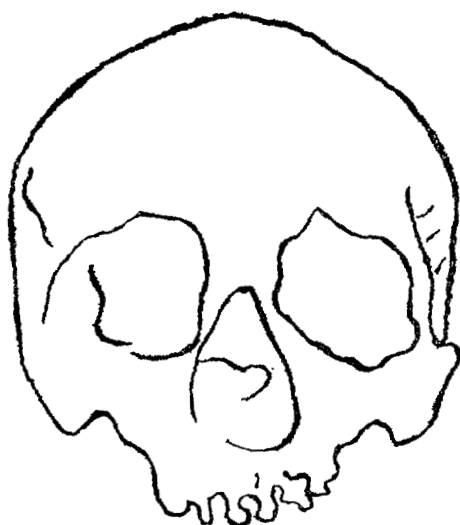




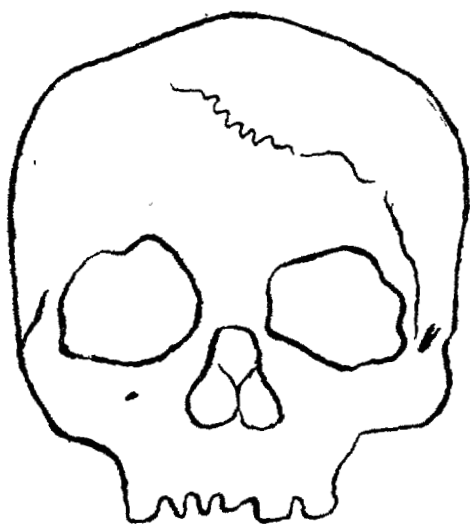
Orinoco. — Fig. 3. — Cráneo ejemplo de la primera serie indígena.



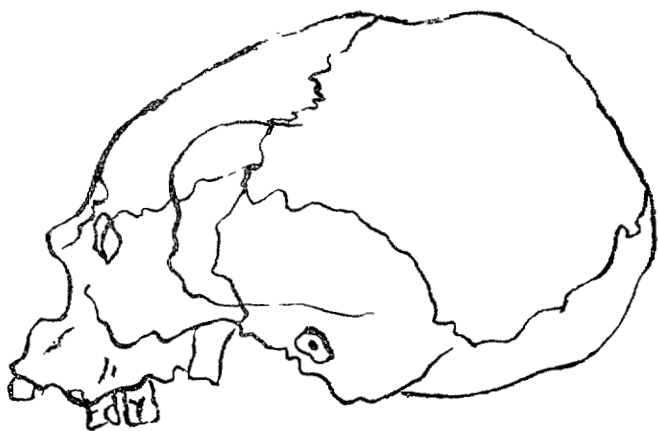
Orinoco. — Fig. 4. — Cabeza demostrativa de aplastamiento vertical. Disminuidas las alturas de la cara.



Orinoco. — Fig. 5. — Cabeza demostrativa de platirrinia. Largo y anchura de la nariz mayores que las medias.



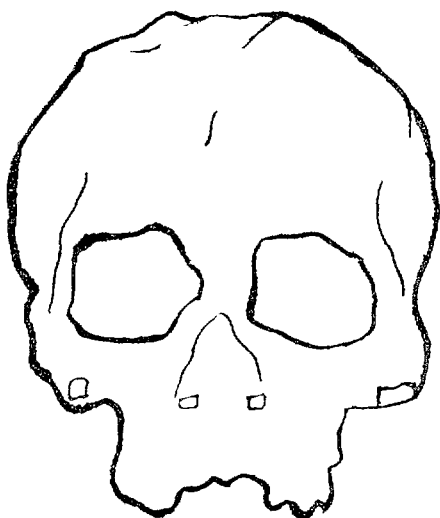
Orinoco. — Fig. 6. — Cabeza ejemplo de cara alargada.



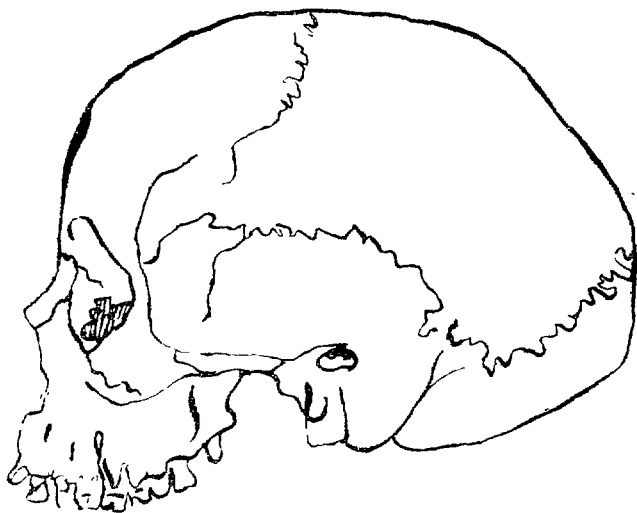
Orinoco. — Fig. 7. — Cráneo femenino deformado al máximo.



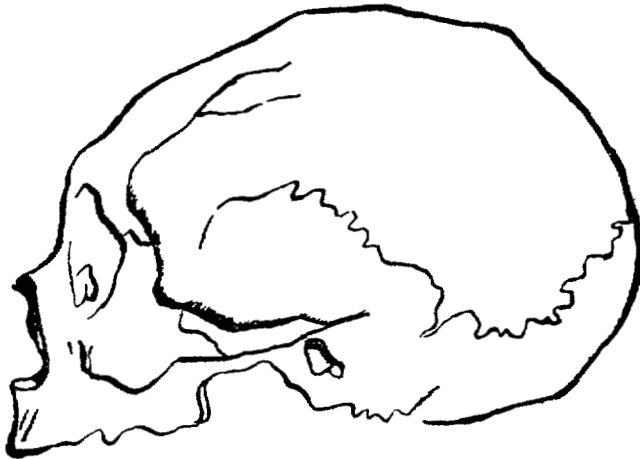
Orinoco. — Fig. 8. — Cráneo masculino .Enorme desarrollo del tejido óseo.



**Orinoco. — Fig. 9. — Cráneo masculino deformado, donde la curva horizontal total es mayor en los de Ipi-Iboto que en los de Cerro de Luna.**



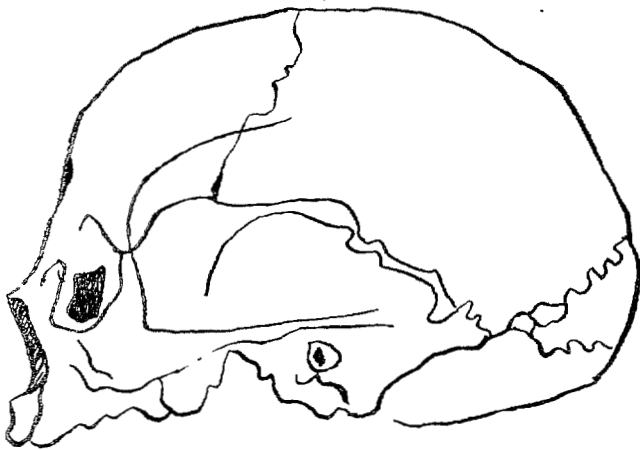
**Orinoco. — Fig. 10. — Cráneo masculino deformado, donde la curva horizontal total es mayor en los de Ipi-Iboto que en los de Cerro de Luna.**



Orinoco. — Fig. 11. — Cráneo de evidente deformación típica.



Orinoco. — Fig. 12. — Cráneo femenino de aspecto infantil.



Orinoco. — Fig. 13. — Cráneo femenino de aspecto infantil.

## A p é n d i c e   B i b l i o g r á f i c o

Concrétase esta sección a la ficha literal de la obra de Marciano, analizada en la presente labor:

“Etnographie Précolombienne du Venezuela”. “Vallées de Aragua et de Caracas”. 1º volumen; en 8º; 91 páginas; 19 láminas; 57 figuras; 1 plano. París, 1889. Typographie A. Hennuyer.

“Etnographie Précolombienne du Venezuela”. “Région des raudales de l'Orénoque”. 2º volumen; en 8º; 123 páginas; 25 figuras; 1 plano. París, 1890. Libraire Ch. Chadenat. 21 Quai des Grands Augustins.

“Etnographie Précolombienne du Venezuela”. “Indiens Piaroas, Guahibos, Goajiros, Cuicas et Timotes”. 3º volumen; en 8º; 32 páginas; 3 cuadros. París, 1891. Typographie A. Hennuyer. 7 Rue Darcet.

En su modesta residencia, 5 Rue de Thann, XVII, en el inolvidable barrio universitario de París, escribió Gaspar Marciano su libro, paradigma de originalidad y erudición, aliadas al esmero clásico de la prosa científica. En un lapso breve cimó el autor su faena célebre.

Debemos advertir que las diversas citas traídas a colación en nuestra “Sinopsis de Antropología Precolombina”, proceden del texto de Marciano que hemos tenido el honor de comentar sucintamente. Eludiendo aburridas repeticiones, indicativas de siempre la misma fuente, conceptuamos más práctico decir en una sola vez, por todas, el origen de las citas verificadas.

Otro de los fines concernientes al "Apéndice Bibliográfico", es catalogar los cráneos documentales del trabajo indigenista. A propósito de la iconografía anatómica y croquis topográficos, plácenos cumplir un deber de justicia: significar nuestro agradecimiento a la señorita Yolanda Basalo, por haber copiado, con su inteligencia y destreza características, los grabados que reproducimos de la "Etnographie Précolombienne du Venezuela". En nuestra monografía hemos adoptado, para las ilustraciones, el orden siguiente:

A) Los Cerritos:

Figs. 1 y 2.—Cráneos demostrativos de un mayor desarrollo transversal y de diámetro vertical menor que el segundo tipo.

Figs. 3 y 4.—Cráneo braquicéfalo, índice vertical y transverso-vertical menores.

Figs. 5 y 6.—Cráneo ejemplo de tipo mixto.

Fig. 7.—Cráneo eminentemente deformado.

B) Cerro de Luna e Ipi-Iboto:

Figs. 1 y 2.—Cabeza demostrativa de los caracteres secundarios de las tribus.

Fig. 3.—Cráneo ejemplo de la primera serie indígena.

Fig. 4.—Cabeza demostrativa de aplastamiento vertical. Disminuídas las alturas de la cara.

Fig. 5.—Cabeza demostrativa de platirrinia. Largo y anchura de la nariz, mayores que las medias.

Fig. 6.—Cabeza ejemplo de cara alargada.

Fig. 7.—Cráneo femenino deformado al máximo.

Fig. 8.—Cráneo masculino. Enorme desarrollo del tejido óseo.

Figs. 9 y 10.—Cráneos masculinos deformados, donde la curva horizontal total es mayor en los de Ipi-Iboto que en los de Cerro de Luna.



Fig. 11.—Cráneo de evidente deformación típica.

Figs. 12 y 13.—Cráneo femenino de aspecto infantil.

Si alguien tuviese la condescendencia de valorar, no en calidad sino en intención, los móviles de venezolanismo cultural que nos guiaron en el trabajo, se hará sin duda solidario del homenaje rendido en estas páginas a grandes valores de la Venezuela científica en el siglo XIX.

F e c i   q u o d   p o t u i

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTA  
OBRA EN LOS TALLERES DE  
LA EDITORIAL GRAFOLIT,  
EN CARACAS, EL DIA  
15 DE AGOSTO DE  
1946.